

LUZ
GUILLÉN

¿EN TU
CASA
O EN
LA MÍA?



Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Epílogo

Nota

Biografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir
este **EBOOK**

Visita **Planetadelibros.com** y
descubre una nueva forma de
disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas

Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comp

Capítulo 1

—Así que te niegas a venir con nosotras esta noche, ¿no?

—Sí, ya te he dicho que no me gusta ir de ligoteo. Nunca sabes a quién te vas a encontrar.

—Lo eliges tú. Si el tipo te gusta... pues te lanzas y disfrutas de él. Si no, le das puerta y buscas a otro.

—No me va eso, Merche. Yo ya tengo mis necesidades cubiertas y no me hacen falta nuevos alicientes.

—No sé qué rollo te llevas con ese

hombre. Si te gusta... pues vale. Pero si sólo es sexo... podrías ir cambiando de pareja de baile de vez en cuando. Dudo de que a él le importase, Dani.

—No es a él. Es a mí. Con Bruno la cosa funciona. Es bueno en la cama, además de amable, inteligente y simpático.

—Pero no hay nada emocional con él, por lo que dices. Nada te ata a esa pseudorrelación. Puedes disfrutar de la variedad, de la nov...

—No —la interrumpió Dani. Con cierta violencia, levantó la mano en señal de stop; estaba cansada de oír siempre la misma cantinela—, no me vas a convencer. Si quiero sexo en algún momento, llamo a Bruno y me doy un

buen revolcón. No me apetece gastar mi tiempo en buscar una pareja sexual de una noche de la que no estoy segura de que pueda darme lo que me gusta en la cama. Con Bruno no tengo que molestarme en decir cómo, qué y cuándo.

—Es una relación de lo más extraña la que mantienes con ese chico. En serio que no lo entiendo —enfaticó negando con la cabeza.

—No tienes por qué. A mí me funciona y es todo lo que importa. — Apartó la mirada de los ojos de su amiga y fingió buscar algo entre los papeles que descansaban sobre su mesa.

—De acuerdo. No voy a volver a

discutir contigo sobre el tema, si no quieres. Aun así, reconocerás que muy normal no es —insistió airada.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero una relación normal? —Alzó los ojos hasta encontrarse con la mirada enfurruñada de Merche—. Bruno me da sexo. Sexo del bueno. No tengo complicaciones ni implicaciones de ningún tipo —afirmó decidida.

Merche levantó la barbilla con chulería, giró sobre sus talones y salió del despacho de su amiga para dirigirse al suyo. No entendía a Dani. Llevaba años manteniendo la historia esa con Bruno y la situación se conservaba como al principio. Ella lo llamaba, quedaban, tenían un sexo fantástico, al parecer, y se

despedían hasta la siguiente llamada de Dani. Sin preguntas, sin más acercamiento salvo el puramente sexual... No, Merche no concebía una relación así. Una cosa era el sexo ocasional, pero aquello era algo muy diferente.

Dani miró la puerta por la que acababa de salir su amiga y compañera entrecerrando los ojos. La quería, por supuesto, pero a veces era muy cargante. Con el tema de Bruno siempre se ponía extremadamente pesada. Si no entendía que prefería a Bruno, un hombre atractivo que la llevaba al séptimo cielo en cuanto la tocaba y cuya charla era siempre interesante, a la incertidumbre

de pasar un rato con un tipo del que no sabía nada, que podía tener el pito pequeño y hasta le podían oler los pies... pues peor para ella. Bruno era siempre una buena elección. Con él no había error posible. Por otro lado, nunca le había pedido pasar a otro nivel. Bruno tenía tan claro como ella que lo suyo era sólo y llanamente sexo, buenísimo, sin nada más que añadir a la ecuación.

Tanto pensar en su compañero sexual provocó que se le despertara el deseo de sentir sus manos sobre su piel, su boca en sus pezones, su sexo anclándose en el suyo. Automáticamente, cogió su teléfono móvil y le mandó un WhatsApp para quedar con él esa misma

noche.

¿En tu casa o en la mía?

No obtuvo la réplica rápida que solía recibir al mandar un mensaje como aquél. Esperó durante una hora, sin éxito. Mientras los minutos pasaban, iba alternando las miradas furtivas al aparato con su trabajo en el ordenador. Pero no hubo respuesta de Bruno. Volvió a intentarlo de nuevo. Tal vez no había recibido el mensaje, aun a pesar de que se veía como leído.

¿Has recibido mi mensaje? ¿Quedamos esta noche?

En los tres años que duraba lo suyo con Bruno, nunca había tardado tanto tiempo en obtener una contestación positiva a su propuesta implícita de sexo. Le extrañó no recibir un WhatsApp de vuelta como era costumbre. Volvió a mirar el silencioso teléfono. Cuando se convenció de que, por primera vez desde que lo conocía, no iba a quedar con él, se consoló pensando que quizá estaba liado con algún acontecimiento o ceremonia. Era extraño que lo hubieran llamado para cubrir un evento entre semana, pero las bodas civiles se celebraban de lunes a viernes y, en alguna ocasión, ya lo habían contratado para fotografiar algún

que otro enlace de ese tipo.

Pasó el resto de la mañana con peor humor de como la había comenzado. La esperanza de una noche caliente se había esfumado por el momento, pero no se rindió. Todavía no lo haría. Durante la tarde volvería a insistir y, si era preciso, llamaría aun a riesgo de interrumpir su trabajo.

La jornada había terminado y su móvil se había mantenido mudo todo el tiempo. ¿Bruno no había tenido ni un instante para responderle? Empezó a preocuparse. Él no era de ese tipo de hombres desconsiderado y altanero. No. Era cortés, respetuoso... Seguro que le había pasado algo grave si no le había contestado todavía. Era eso o que se le

había caído el teléfono en alguna alcantarilla.

Antes de salir de la oficina, con la mesa de su despacho limpia de papeles, bajó el estor de la ventana, apagó el ordenador y fue a despedirse de Merche y del resto de los compañeros; después, tecleó inquieta el número de Bruno. Lo había pospuesto hasta ese momento con la esperanza de que él diera señales de vida, pero, al no haber sido así, no le quedaba otro remedio que llamarlo y salir de dudas.

Bruno estaba alterado desde que había recibido el primer mensaje de

Dani. Atareado en su cuarto oscuro, había notado la vibración del teléfono enterrado en su bolsillo trasero. Intuyó que era ella. No, lo supo. Aun así, consultó el móvil para cerciorarse. Su primera intención fue responder, como hacía siempre, pero luego recordó su determinación, esa que había tomado la última vez que habían compartido cama.

Rememoró aquel momento: la sensación de sus dedos en contacto con la piel sedosa de Dani, cómo había comenzado a deslizarlos por la columna de su cuello hasta alcanzar sus hombros. Desde allí, cómo habían paseado por sus brazos para desembocar en las palmas de aquellas pequeñas manos... cómo habían regresado hasta descubrir

el interior de las axilas suaves y lisas donde se detuvo con una caricia majestuosa y candente que culminó con un beso. Luego, sus labios apresaron la jadeante boca de Dani y allí se deleitó con la sensación de su lengua contra la de ella. En ese instante, Bruno había deseado que ella sufriera de placer, que su cuerpo explotara una y mil veces para él, antes de compartir la entrada en el cielo junto a ella. Porque eso era Dani para él: el cielo cuando la tocaba, el infierno cuando no la tenía.

Siguiendo su dulce tortura, había seguido viaje a través de su cuerpo. Una suave presión de las uñas a lo largo de sus costados, un soplo caliente y

húmedo en el hueco de su ombligo, un toque sutil de su nariz sobre el pubis... Siempre cerca, siempre dulce, siempre disfrutando del delicioso tormento.

Había adivinado, recordó, que Dani esperaba que se detuviera allí, que por fin diera rienda suelta a la pasión que los envolvía y que terminara con aquel suplicio, convirtiéndolo en un premio de placer. Pero sus planes habían sido otros. Pasó de largo su vulva, palpitante, y con una calma devastadora, que le había costado mantener, paseó la punta de su lengua por la parte interna de la esbelta pierna hasta rozar con ella la punta de sus pies. Allí se detuvo a lamer los dedos, uno a uno, provocando sacudidas violentas como un terremoto,

ardientes como un volcán rugiente. Un orgasmo inesperado la sorprendió con esas insospechadas caricias. Ése fue el primer orgasmo, pero no sería el único. Bruno no tenía suficiente. Con Dani nunca era suficiente.

Miró la fotografía que estaba positivando. Su ensoñación había logrado que la exposición fuera más larga de lo necesario y había quedado algo quemada, pero no le importó. El matiz oscuro que había conseguido el exceso de luz confería un halo de tristeza que se decía mucho con lo que él sentía en ese momento.

Sin poder remediarlo, su memoria volvió a aquella última vez: su deseo de

provocarla hasta que no pudiera más, de enardecer su cuerpo al igual que su alma... Sabía cómo lograr que el cuerpo de Dani se fundiera en sus brazos y su esencia calmara su propia sed. Rememoró, en ese instante, las caricias en el otro pie, el sabor enloquecedor de la piel del empeine en sus labios; refrenó su deseo de hundirse en ella mientras ascendía con lentos y tortuosos besos por la pantorrilla, la redondeada rodilla, el tentador muslo en cuyo final se encontraba su premio.

Colgó la fotografía que acababa de revelar para que se secara y cambió la luz roja por la natural. La observó con atención. Una anciana paseaba encorvada mientras una niña la cogía de

la mano. Había tanto amor en esa imagen como el que él sentía por Dani.

Pensar en ella lo trasladó de nuevo a aquella noche. Casi podía ver a Dani, abierta y expectante, urgida por la necesidad que él mismo compartía, gimiendo de placer insatisfecho.

Él, al borde de su aguante ya, con su sexo duro y terso muriendo por sentir el calor de Dani, todavía consiguió retenerse y, en un último esfuerzo, hundió la lengua y empezó a jugar entre los pliegues regalando tanto placer como el que recibía.

Sonrió al recordar cómo ella se rompió en un segundo orgasmo, éste largo y liberador.

Había llegado casi al fin de su resistencia. Los testículos duros y su pene erguido y palpitante le pedían a gritos su propio desahogo, pero todavía resistió un poco más.

Reptó por el cuerpo de su amante paseando la boca por sus formas, hasta que sus labios tocaron con uno de los pezones que reclamaba la atención de su boca, firme como el estandarte del deseo de la joven.

Su sexo se tensó al recordar aquella gema en su boca, la sensación deliciosa que los enardecía a los dos. Rugía por dentro por sentir de nuevo el delicado y ardiente interior de Dani. Como aquella noche que se había instalado insistente

en su memoria. Le asaltaron los recuerdos de su propia mano aferrada a su verga para guiarla por los recodos y los pliegues de Dani, colocando la punta en la entrada de su sexo, y cómo su cadera empujó hasta clavarla certera en sus entrañas. Todavía podía escuchar el alarido complacido de ella inundando sus oídos y el gruñido triunfante que emitió su propia garganta. Aún podía sentir el chocar de sus caderas contra las de Dani, fundiéndose en un acompasado y frenético baile que logró rendirla varias veces antes de vencerle a él.

Había sido, posiblemente, el mejor orgasmo de su vida. Tal vez porque sabía, ya en ese momento, que era el

último que iba a disfrutar con Dani. Sonrió ante la idea de que el sexo entre ellos siempre era un espectáculo para sus sentidos. Bello, especial. Un tsunami en su cuerpo y una condena para su espíritu. Todo quedaba ahí. Sólo sexo. El sentimiento quedaba fuera de la ecuación... al menos para Dani. Para él estaba siempre presente, siempre constante en su corazón.

Sintió de nuevo el frío que le recorrió aquella madrugada al ver a la mujer que amaba recogiendo su ropa para comenzar a vestirse y supo, en ese preciso instante, que ya no aguantaba más esa situación. Fue entonces cuando tomó su decisión, decisión que hoy le

había llevado a no contestar a la nueva invitación de Dani, a pesar de dejarle hundido y deshecho. Sabía que aquélla era la única manera de garantizar que no moriría destruido por el amor que sentía por aquella mujer.

—Bueno, Bruno, nos vemos. —El recuerdo de la voz de Dani castigó de nuevo sus oídos—. Cuando tenga un momento para quedar, te llamo.

Ésa fue la última frase que escuchó de su boca. Él no había contestado, atenazado por el dolor que se había instalado en su pecho, estrujándole el corazón. Luego, observó cómo cogía su bolso, se volvía en su dirección para lanzarle un beso al aire y cerraba la puerta de la habitación primero y de la

casa después, dejándolo solo, triste y desvalido.

A partir de ese momento, únicamente le quedaba el recuerdo, que insistía en volver una y otra vez, del aroma de su piel, del sexo compartido, y el amor que sentía su corazón. Ése era el final de una historia que había comenzado sin buscar, pero que lo había llenado de vida durante los tres años que había durado. La había tenido entre sus brazos a merced de sus manos, de su boca y de su alma... por última vez, y eso lo desgarraba. Pero, al mismo tiempo, le ofrecía la oportunidad de recoger los trozos que quedarán de su espíritu y tratar de superar el ciclón que aquella

mujer había formado en su interior.

Sabía que su comportamiento era infantil y estaba muy lejos de cómo acostumbraba a actuar. Solía coger el toro por los cuernos y llamar a las cosas por su nombre. Pero con Dani las cosas no eran así. Con ella se limitaba a recoger las migajas de afecto que tuviera a bien ofrecerle cuando el sexo, increíble sin duda, había acabado. Pero ya estaba cansado. Ya no podía mantener esa situación por más tiempo. Estaba total e irremediabilmente enamorado de esa chica, pero no podía confesarle su amor a riesgo de que se riera de él. Ella no creía en esas cosas, ¡qué va! No quería ataduras, no quería compromisos, no quería una relación

estable, no quería vivir con un hombre... no lo quería a él. Bueno, sí. Lo quería para que le diera marcha al cuerpo, para que la encendiera hasta carbonizarla de lujuria, para rendirse en sus brazos tras los orgasmos que le proporcionaba. A él eso ya no le bastaba. Bruno necesitaba sentirla a su lado al despertarse, como había ocurrido muy ocasionalmente. Eran momentos que él atesoraba como una reliquia en el fondo de su corazón. Lo que deseaba era pasear con ella cogido de la mano, ir juntos al cine, disfrutar de un día de campo, hacer la compra diaria... Necesitaba mostrarse ante el mundo como el hombre enamorado que

era, y le dolía tener que esconderse, convirtiendo ese sentimiento tan sublime en algo indigno de ser mostrado.

Se sentía cobarde por lo que tenía planeado hacer, pero las fuerzas lo abandonaban cada vez que pensaba en verla de nuevo para poner fin a su relación.

Durante todo el día estuvo elaborando un discurso que fuera suficientemente elocuente como para decirle que lo que tenían se había acabado. No tenía intención de exponer sus sentimientos, sólo pretendía dejarle claro que eso ya no era suficiente para él. Así que, cuando recibió la llamada que sabía que tarde o temprano le haría Dani, ya tenía nítidos los argumentos

que esgrimiría para dar por concluida esa relación que lo estaba matando. Si no la podía tener por completo, prefería no torturarse más con esa situación que ya no le satisfacía.

—Hola, Bruno, ¿has recibido mis WhatsApps? ¿Has estado ocupado? —
Trató de enmascarar la ansiedad que la había carcomido durante horas.

—Sí, Dani. He estado todo el día liado con unas fotografías que me han encargado en una revista de decoración. —
Su voz sonaba firme, aunque su ánimo estuviera temblando.

—¡Vaya, qué bien! Por una vez te olvidas de bodas, comuniones y demás y puedes hacer algo más creativo, como a

ti te gusta. —Se alegró sinceramente. La comisura de la boca se le arqueó en una sonrisa.

—Sí. Es agradable hacer lo que uno quiere para variar. —Bruno seguía serio. Tomó una fotografía de la mesa frente a la cual se sentaba y la miró sin verla.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Quedamos esta noche? —Dani se agachó para poder mirar su reflejo en la pantalla del ordenador para recolocarse el flequillo.

—No —contestó Bruno más áspero de lo que realmente quería.

—¿No has acabado todavía? — Como Bruno no respondió, Dani siguió haciendo planes—. Bueno, podemos

quedar mañana si no tienes que trabajar. —El silencio del hombre permanecía, pero ella seguía en su empeño de quedar con él—. O el domingo. Tenía pensado ir a comer a casa de mis padres, pero, si no puedes otro día, lo cambio para mañana y punto. Me apetece mucho pasar un rato contigo. Llevo casi una semana sin que me des matraca y la verdad es que lo echo de menos.

—Lo siento, Dani —dijo él por fin—, pero eso va a ser imposible. No quiero volver a quedar contigo nunca más. —El corazón se le partió en ese instante, pero continuó hablando—. Ha estado bien durante este tiempo, casi tres años —sonrió sin ganas al

recordarlo—, pero ya estoy cansado de esto. Lo lamento. Detesto ser brusco y despedirme de ti así, pero no me apetece volver a follar contigo antes de decirte adiós. No creo que sea justo.

Dani se desplomó atónita en su silla, sin poder articular palabra. Bruno estaba siendo todo aquello que detestaba en un hombre: insensible, rudo... hasta cruel. No entendía qué había podido ocurrir en esa mísera semana que no habían estado juntos. No era lógico un cambio tan radical. De ser el hombre más apasionado con el que nunca se había acostado, el que había descubierto escondrijos en su cuerpo que ni ella misma conocía... se había convertido en un ser despiadado, frío.

Volvió a mirarse en la pantalla del ordenador; sus facciones habían demudado. Cuando fue capaz de hablar, sólo pudo formular una pregunta.

—¿Por qué?

—Porque esto ya no es suficiente para mí. Porque me he cansado de responder siempre que me llamas para pedirme sexo. No soy un semental, un tipo al que estrujas y después dejas aparcado hasta que lo puedes volver a usar. No. Estoy harto. Harto de acudir siempre que me lo pides. Lo siento. Esto no es lo que quiero. Ahora ya no.

No había mucho más que añadir. Dani fue consciente de pronto de que la estabilidad sexual de la que había

disfrutado hasta ese momento llegaba a su fin. La rabia la invadió. En ese instante odió a Bruno como no había odiado a nadie en su vida.

—De acuerdo, entonces. Adiós. No volverás a saber de mí, descuida. Borraré tu número en cuanto deje de hablar contigo. Me has decepcionado mucho, Bruno. Jamás pensé que fueras así. Me has tenido bien engañada —escupió con desprecio—. Ni siquiera voy a desearte que te vaya bien la vida. —Colgó con una ira que no conocía y cumplió su amenaza inmediatamente. Borró el número de su móvil con la misma ansia con la que deseaba borrarlo de su cabeza a él. Por desgracia, el número estaba fuertemente grabado en

su memoria. Bruno también.

Por un momento, se le pasó por la mente llamar a Merche, quedar con ella y el resto de sus amigas y demostrarle a Bruno, aunque él no se enterara, que con un chasquido de dedos podía tener a tantos tíos como quisiera a sus pies y, además, mejores y más buenorros que él. Pero enseguida desistió. No estaba con ánimo para dar explicaciones y mucho menos de escuchar las coñas que aquellas locas le dedicarían. Se fue a casa. Sola. Hacía tiempo que quería ver una serie sobre un sádico asesino protagonizada por el actor de moda. En vez de aguantar el palique de las chicas, dedicaría la noche a deleitarse los ojos

con el bombón famosete y, de paso, tomaría nota mental de cómo acabar con un individuo (al que sin querer puso el rostro de Bruno) sin dejar rastro, en el caso de que el susodicho se pusiera en su camino ese día.

Al llegar a su casa, se cambió la ropa de calle por un pijama de algodón ligero y cómodo. Preparó un bol de palomitas, se acomodó en el sofá con el portátil sobre las piernas y se dispuso a disfrutar de un rato de tranquilidad. Aguantó bien los dos primeros capítulos, luego el aburrimiento la obligó a apagar el ordenador. Ni el artista era tan guapo ni le daba muchas claves para deshacerse de un ex, infinitamente más sexy que él. No quería

pensar en Bruno. Se negaba. Pero, al parecer, su cabeza no se había enterado y le dejaba colarse cada dos por tres, sin su permiso.

Dejó el portátil sobre la mesita de centro, junto al sofá. Vio el mando del televisor al lado y lo accionó. Se sentó con las piernas cruzadas como un indio, esperando distraerse con lo que la caja tonta emitiera. Ningún programa lo consiguió; a pesar de buscar entre los diferentes canales algo que fuera de su agrado, nada la complacía. Bruno estaba en todo momento abstrayéndola de la pantalla.

Se levantó de un salto, apagó el televisor sin utilizar el mando y buscó,

en la librería que enmarcaba el aparato, algún libro que despertara su interés. No tuvo éxito a pesar de repasar, uno por uno, todos los títulos de su colección.

Hastada de que, ese que le había dado los mejores orgasmos de su vida, le taladrara la azotea, decidió meterse en la cama. Durmiendo, seguro que lo arrancaría de cuajo de su memoria.

Pero, a pesar de dar vueltas entre las sábanas, intentar prácticas de relajación y contar unos veinte rebaños de ovejas, no logró conciliar el sueño enseguida, tal como había pretendido. Unos ojos verdes como el musgo, acompañados de unos labios carnosos y sensuales y de unas manos fuertes y placenteras, le impedían caer en los brazos de Morfeo.

Bruno seguía allí, martirizándola. Se enfadó consigo misma cuando descubrió sus manos hurgando entre el hueco de sus piernas y su imaginación inundada del fotógrafo.

Todavía tuvo que arrancarse unas cuantas veces más los dedos del centro de su cuerpo, disgustada consigo misma, hasta que el sueño venció el recuerdo de lo que Bruno solía provocar en ella.

El sábado lo pasó sin pena ni gloria. La irritación seguía allí, a pesar de sus esfuerzos por evaporarla. Se obligó, sin ganas, a ver los capítulos de la serie que había comenzado la noche anterior.

Después, escuchó música con la vana intención de entretenerse. No le apetecía cocinar, así que apenas comió nada más que chucherías en todo el día. Le enfurecía no ser capaz de dejar de pensar en aquel que le había dado calabazas el día anterior, sin darle un motivo para acabar con la idílica relación que habían mantenido durante tanto tiempo. Si él no quería saber más de ella, pues que le dieran viento fresco. Se había divertido con él, mucho, pero no significaba nada más que sexo para ella, se obstinó en pensar.

Al final del día, no había sido capaz de quitarse de encima el mal humor. Ni a Bruno de la cabeza.

Al día siguiente, acudió a casa de

sus padres a comer, tal como tenía planeado. Esperaba que el calor de su cariño la ayudara a cambiar su talante. Esperó inútilmente. Cuando por la tarde volvió a su casa, el fastidio se había apoderado totalmente de ella, sumiéndola en un estado de excitación del que era incapaz de salir. Excitación de deseo, de rabia, de abandono, de incertidumbre, de... No daba crédito a la desazón que le había provocado el rechazo de Bruno. No tenía sentido sentirse así. Ellos se veían para lo que se veían, nada más. Nunca habían hablado de profundizar su vínculo. Bueno, ella sí que lo había hecho, pero sólo para dejar clara su postura de que

no quería ataduras en su vida. Con todo eso en la cabeza, su turbación era cada vez mayor. Si no deseaba una auténtica relación ni con Bruno ni con nadie, ¿a qué venía la sensación de pérdida que había anidado en su interior? Trató de desechar cualquier idea sobre el asunto. No lo logró. Las manos hábiles de dedos firmes y certeros de Bruno se colaron una y otra vez entre los infructuosos intentos por mantener su mente entretenida en cualquier otra cosa. Y quien dice sus manos, dice su boca recorriendo sus curvas, su peso sobre su cuerpo, su...

Pasó la noche en un duermevela que

no la ayudó a aclararse y sí la dejó agotada. Por la mañana, las cosas no se veían mejor que el día anterior, pero decidió no hacer caso ni a su mal humor ni a ese extraño desamparo que iba con ella a todas partes y a todas horas desde el viernes anterior. Llegó a la oficina dispuesta a comerse el mundo, dejando de lado cualquier cosa o a cualquier persona que intentará evitarlo: Bruno.

Merche llegó pocos minutos después que ella y fue a saludarla antes de encerrarse en su despacho y liarse con el exceso de trabajo que siempre tenía.

—¿Qué tal tu noche loca con tu semental? —preguntó con ironía mientras sacaba de un archivador unos

documentos que necesitaba.

—No me hables de él. Es un *gili* — contestó Dani con enojo. Encendió el ordenador y se deshizo de la americana que llevaba para colgarla en el respaldo de su silla.

—¿Problemas en el paraíso? — Merche levantó asombrada una ceja.

—Cuando lo llamé para quedar, el muy... me dijo que estaba harto de lo nuestro y que ya no quería seguir montádoselo conmigo, ¿te lo puedes creer?

—¿Por qué? — profirió su compañera casi con un grito.

—¡Y yo qué sé! A los tíos no hay quien los entienda. ¿No se supone que lo que quieren es follar sin preocuparse de

nada más? —Introdujo su contraseña en el PC para enfrentar la mirada de su amiga después.

—Sí, por lo general siempre tienen miedo de que les pidamos más de lo que ellos están dispuestos a dar —reflexionó aquélla apoyando la cadera en el escritorio y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pues conmigo lo tenía a huevo. — Se volvió hacia la ventana que quedaba tras su silla, para subir el estor. Continuó hablando de espaldas a Merche—. Polvos de campeonato sin esperar nada a cambio. Pero parece que se ha cansado de esa situación... o, simplemente, se ha cansado de mí y

quiere un nuevo cuerpo entre las sábanas.

—En realidad, ¿qué más da? Tú ibas, te lo tirabas y punto. —Se inclinó hacia Dani, que acababa de sentarse—. ¿Que era el puto amo en la cama? Vale, te lo concedo, pero ni te tenía bebiendo de su mano ni es el único que la mete bien.

—Eso ya lo sé. No hace falta que me lo digas. —Se enojó—. Pero me jode que me haya dejado así, con una simple despedida telefónica. Ha sido mucho tiempo para no haberme ganado, al menos, que fuera valiente y me lo dijera a la cara.

—Podías haberme llamado el viernes y te habrías despachado a gusto

con alguno de los maromos que nos encontramos en el bar de copas donde estuvimos. —Merche se irguió, tomó la carpeta que había dejado momentos antes sobre la mesa y la miró con una media sonrisa.

—Ya, pero, con la mala leche que me entró, no hubiese sido una buena compañía para vosotras y no hubiese ayudado para liarme con nadie.

—Te hubieras desquitado a gusto. Un clavo quita otro clavo, dicen. —Sacudió los hombros para reforzar sus palabras.

—Bueno, ahora ya da igual —languideció Dani con los ojos puestos en un dossier que sacaba del cajón superior

de su mesa.

—Este fin de semana romperemos el molde allí donde vayamos, ¿te apetece?

—propuso dando una palmada.

—Sí, claro —accedió Dani con la boca pequeña—. Bueno, cariñete, vamos a currar un poco, que lo único que me falta es que me echen bronca por tener trabajo pendiente.

—Sí, mejor hablamos luego, que yo también tengo montañas de papeles atrasados.

Merche desapareció por la puerta con la carpeta bajo el brazo y ella se quedó pensando en su propuesta durante un momento. Tenía cinco días para ignorar, borrar, aniquilar a Bruno de su memoria y prepararse para el siguiente

orgasmo con piernas.

Por suerte, el exceso de trabajo la ayudó todas las jornadas a mitigar la rara sensación de soledad que se había acomodado dentro de ella. Era bueno trabajar. Trabajar mucho. Durante la semana, sólo las noches le llevaron el recuerdo de unas manos que conocía muy bien, recorriéndola de arriba abajo, jugueteando con sus pezones, acariciando su estómago, hincándose en su interior... Para ser sincera, algunas veces, en horas de trabajo, le turbaba la evocación de unos ojos verdes perdidos en los suyos mientras, juntos, llegaban al

éxtasis.

«Esto no puede seguir así —se dijo a sí misma el viernes al despertar, con el sueño todavía vívido de un Bruno enterrado entre sus piernas—. Esta noche me lo voy a quitar de encima. Me buscaré un buen cuerpo para que me caliente entera y me dé gustillo al *body*. Lo que me pasa es que estoy necesitada de marcha, eso es todo.» Decidida, emprendió el día esperando la recompensa de la noche.

Cuando se reunió con Merche para comer, después de haberse quemado las pestañas peleándose con el ordenador toda la mañana, su resolución era un hecho. Bajaron a la cafetería que solían frecuentar, simplemente porque estaba a

dos pasos del despacho, y allí comenzaron a planear la velada.

—Vamos a pulverizar la noche —vaticinó su amiga cuando entró bailoteando por la puerta—. El primer trofeo, para ti.

—Tiene que estar de quitar el hipo, si no, te lo cedo —dijo Dani fingiendo emoción.

—Los cardos quedan descartados desde el primer momento. Cuando hablo de trofeo, *neni*, hablo de tabletita de chocolate, cara de adonis y tranca de puto eros.

—¡Mira que eres burra, Merche! —Rio con ganas.

—Sí, sí, burra pero con buen gusto y

con ganas de que me dejen a gusto.

Al acabar de comer, regresaron a la oficina. Merche, con una idea clara de lo que esperaba esa noche; Dani, inventando el entusiasmo que esperaba su amiga de ella.

A las siete de la tarde, ambas terminaron de recoger sus cosas, dejando sus mesas limpias de trabajo y salieron juntas a la calle. Quedaron en verse a las once en el Kahala para tomar un cóctel, a ser posible bien cargadito, con Carmen y María. Luego, las cuatro juntas se dedicarían a la caza del miembro de oro.

Al llegar a casa, en el silencio de su santuario, tuvo que admitir que no quería salir. No deseaba conocer a un maromo

para montárselo con él. No era que su cuerpo no le pidiera un desahogo, que se lo pedía y a gritos, lo que pasaba era que sólo podía pensar en un hombre para conseguirlo. Sin ganas, se preparó unos fideos chinos de sobre; eran fáciles y rápidos de cocinar. Lavó el plato que había utilizado y fue a su habitación con la energía arrastrando por los suelos. Estuvo a punto de llamar a sus amigas y dar una excusa para no presentarse a la cita, pero su amor propio la impulsó a arreglarse para acudir. Tenía que borrar a Bruno de su vida y ése era el primer paso para lograrlo.

Se maquilló apenas, pero resaltando la fuerza de su mirada. Se vistió con un

pantalón pirata negro ceñido que le dibujaba provocativamente los glúteos, un corpiño turquesa sin tirantes, que se adivinaba a través de la blusa negra de gasa transparente con la que lo cubrió, y unas botas de media caña con tacón de cinco centímetros. Una americana, también negra, completaba su atuendo. Una vez en la puerta, con su bolso colgado en el hombro y dispuesta a salir ya, suspiró sonoramente para infundirse el coraje que ya estaba abandonándola.

El Kahala, uno de los locales más emblemáticos de la Ciudad Condal, gracias a su decorado y a la música de procedencia hawaiana, estaba lleno

hasta la bandera, pero eso no representaba un inconveniente para ninguna de las cuatro chicas. Más gente igual a más posibilidades de pescar entre los hombres solos que hubiera alrededor. Una ola de miradas masculinas no las abandonaba desde el momento en que habían puesto un pie en el recinto. Por pura casualidad, consiguieron una mesa en un rincón de la sala casi inmediatamente. Con la carta de cócteles en las manos y gracias a los sugerentes nombres de las bebidas, la juerga empezó enseguida. Después de bromear un buen rato, María pidió un Perla del Vicio que se servía en un vaso alto de cerámica que simulaba un hatillo

de bambú, con una máscara mágica en uno de sus lados. Carmen la imitó. Merche se decantó por un Danza del Terror. Le hizo gracia la cara tribal de loza en que lo presentaban. Dani se decidió por el típico Coco Pay Pay.

Las cuatro juntas daban miedo. Sus risas se oían desde fuera del establecimiento, lo que suscitaba una atención más detenida de todos los varones sin pareja que, como ellas, también andaban de caza. Repasaron a todo el ganado masculino que había allí dentro y todas estuvieron de acuerdo en que no se salvaba ni uno solo. Pronto, entre comentarios jocosos y bromas, acabaron sus consumiciones, con lo que la noche quedaba inaugurada

oficialmente. Antes de salir del local, repitieron cóctel para calentar motores a pesar de que lo cierto era que ya estaban echando humo.

Tras un breve intercambio de pareceres, se decidieron por trasladarse a Pachá, seguras de que allí encontrarían lo que andaban buscando. Dani no compartía la vehemencia de sus amigas. De hecho, ella hubiera preferido volver a casa, pero no dijo nada y simuló desear la juerga que prometían las demás.

Cogieron un taxi. Las recibió un tufillo a ser humano que tiraba para atrás y Manolo Escobar y su carro sonando en la radio. Entre risas y charla picante,

llegaron en un santiamén a la puerta de la discoteca. La entrada no era lo que se dice barata, pero la recompensa merecía el dispendio. Con el tampón de entrada estampado en sus muñecas, accedieron al recinto. Tres con miradas de cazador; una, de agobio.

—El primer tío bueno que nos encontremos es para Dani. La semana pasada su semental habitual le dio puerta y tiene que pasar página, ¿estáis de acuerdo? —confabuló Merche.

—Por mí, bien —contestó Carmen.

—De acuerdo —aceptó María.

—Pues, hala, al lío —las animó abriendo los brazos para abarcarlas a todas y empujarlas al interior.

Pasearon por el recinto moviendo

las cabezas al son de la música, buscando un sitio donde apoyarse. No habían terminado de dar una vuelta por las instalaciones cuando María les advirtió sobre un grupo de chicos apostado cerca de la barra.

—Mercancía a vuestra derecha — indicó con una mueca conspirativa.

—¡Están todos buenos! —se oyó decir a Merche a través del estruendo de la sala.

—A la carga, chicas —bromeó Carmen iniciando el camino hasta el mostrador.

Se situaron cerca del grupo para verlos bien y dejarse ver mejor. Todas eran unas chicas muy guapas y lo sabían.

Se habían vestido y maquillado para la ocasión, así que no les costó mucho llamar la atención de los chicos, que enseguida las miraron apreciativamente. Detectaron los codazos que unos se daban a los otros y les entró la risa. ¡Los tíos eran tan predecibles, pobres!

El primero que se atrevió a lanzarse era un muchacho alto, más o menos de la edad de ellas, moreno, atlético... los ojos un poco juntos le afeaban ligeramente el rostro, pero nada realmente alarmante. Se presentó como Adrián. Parecía simpático, aunque tal vez el alcohol tenía algo que ver con eso. Enseguida se unieron a ellas el resto, cinco jóvenes más donde poder elegir: Jorge, Marcos, David, Carlos y

Álex. Todos guapos, todos diferentes, todos con una clara intención asomando por los ojos...

Merche miró inquisitiva a Dani. Ella sonrió simulándose complacida. Tenía que reconocer que, entre ese grupo de hombres, había dónde elegir sin duda alguna. De los seis, el que le gustó más fue Marcos. Algo más alto que los demás, una sonrisa provocadora y un rostro sexy le hacían sobresalir del resto.

Alentada por sus amigas, con calma, se acercó a su lado con movimiento incitador y, como quien no quiere la cosa, posó la palma de la mano en su fuerte pecho. Él se dio por aludido de

inmediato. Se volvió hacia ella y empezó con un juego de seducción cuyo fin era meterla en la cama... o donde se terciara.

Mientras Dani se esforzaba en que no se notara su falta de interés por ése o cualquier chico, vio a sus amigas escoger entre los demás: María, con el ojijunto Adrián; Carmen, con el bajito, a la vez que más guapo, Álex, y Merche terminó con David. La música y el baile hicieron el resto. En menos de una hora, ya tenían todas las lenguas de ellos enterradas en sus bocas. Todas disfrutaban... todas menos Dani. La imagen de Bruno besándola hasta dejarla sin respiración la atravesó como un rayo. Apartó a Marcos de un

empujón. El chico era mono y besaba bien... pero no era ésa la boca que quería tener pegada a la suya... No era Bruno el que lamía su lengua... Repentinamente nerviosa y desconcertada, escondió el desasosiego con una sonrisa. La insistencia de Marcos por continuar con la húmeda caricia no hizo sino aumentar su rechazo.

Alegando una indisposición inventada, fue al lavabo para, a riesgo de borrar el maquillaje, aclararse la cara y, de paso, las ideas. Apoyada en el lavamanos, con las gotas de agua resbalando por su cara, se miró al espejo y no pudo mentirse por más

tiempo. No quería estar allí. Quería estar en otro sitio, con otro hombre. Uno que ya no la quería a su lado...

Sacó el móvil de su bolso, meditó brevemente y le mandó un mensaje a Merche. No deseaba continuar con la farsa, pero a la vez se negaba a ser la diana de las burlas de sus amigas.

No me encuentro bien. Me voy a casa.

No esperó respuesta. Tampoco creía que Merche, enfrascada en lo que estaba, se dedicara a mirar su teléfono. De todas formas, sería más fácil tratar de escabullirse sin tener que inventar mentiras y estaba segura de que, si su amiga leía el WhatsApp, la buscaría en

el baño y entonces... tendría que inventar una trola muy gorda para que la dejara marchar.

Se escabulló por entre la gente que llenaba la discoteca, tratando de no ser vista por su grupo. Al salir al exterior, el frescor de la noche la ayudó a calmar un poco los nervios, esos que se le habían arremolinado en el estómago al recibir un beso no deseado. Durante un breve instante, se sintió culpable por abandonar a sus amigas y a... ¿Marcos, se llamaba? sin una explicación, pero, convencida de que era lo que necesitaba hacer, sacudió la cabeza para despejar la sensación y comenzó a andar.

Caminó un buen trecho antes de tomar un taxi que la llevara a su piso. Lo

cierto era que necesitaba pensar; meditar en lo que había ocurrido en esa discoteca, con ese chico... con ella misma. Se obligó a pensar en Bruno (lo que no supuso un gran esfuerzo) y en lo que significaba ese hombre para ella. Recordó cómo la hacía suspirar cuando su boca jugueteaba con su cuerpo, cuando empujaba impetuoso en su interior... pero también en lo que la hacía reír con sus inteligentes comentarios, en cómo sus cariñosas manos la acariciaban después de haberla llevado hasta el séptimo cielo... Por primera vez en esa semana, y tal vez en los últimos tres años, se dio cuenta de que no sólo le gustaba acostarse con

Bruno. No. Le gustaba Bruno y todo, absolutamente todo, lo que le hacía sentir y que no se limitaba a llevarla a alcanzar la Vía Láctea al entrar en ella. Con él se veía sexy, intrépida, lista, guapa... Sus ojos le expresaban que eso era lo que veía cada vez que la miraba, con aquellos iris verdes como no había otros... y le gustaba esa sensación. Le encantaba. ¡Maldita fuera! Le gustaba Bruno mucho más de lo que había sido capaz de confesarse nunca a sí misma, y esa revelación la dejó deshecha. ¿Qué iba a hacer a partir de ese momento?

Le vinieron a la cabeza todas las veces que se había jactado ante él de no desear una relación estable con ningún hombre. ¿Cuántas veces había repetido

que lo que buscaba de un tío era que la dejara reventada después de un buen revolcón? ¡Cómo se arrepentía de la pose de urbanita frívola que había pretendido demostrar que era!

Capítulo 2

Bruno había pasado la semana debatiéndose entre llamarla o mantenerse firme en su determinación. Había ganado su fuerza de voluntad y la certeza de que, si se ponía en contacto con Dani, también ponía en peligro su ya lastimado corazón. Le constaba que era una chica dulce, tierna, apasionada, entregada y terriblemente embustera consigo misma. Se negaba a creer que no sintiera nada por él. De hecho, sabía que no era así. Su mirada suplicante al

hacer el amor, sus llamadas frecuentes solicitando quedar con él... todo eso no era producto exclusivamente de una desesperada fogosidad. Había mucho más entre ellos, él lo sabía... ella no.

Repasando los años en los que habían compartido cama, sudor, placer y carcajadas, lo primero que cabía destacar era que ninguno de los dos había tenido relación con nadie más. Que lo pasaban bien juntos estaba de más decirlo, pero, la curiosidad por otros cuerpos o el hastío de lo que compartían podrían haberla llevado a probar con otro lo que hacía con él. Pero nunca lo había hecho. Jamás. Dani se había mantenido fiel a aquella extraña relación que los unía. Eso le revelaba a

Bruno que ella no era consciente de lo realmente involucrada que estaba en esa relación... A pesar de eso, esa dichosa mujer se empeñaba en hacer un canto a la libertad y no paraba de repetir una y otra vez que lo último que quería era complicar su vida uniéndola a la de otra persona. Y Bruno se había cansado de esperar a que despertara de ese sueño de independencia emocional en el que se había sumido.

La primera vez que mantuvieron una conversación de ese tipo, él todavía no estaba seguro de lo que sentía por ella; aun así, le dolió que Dani ni siquiera se planteara dar una oportunidad a lo que estaban viviendo. Más adelante, cuando

hablaban de futuro, de lo que esperaban de la vida, ella se empecinaba en mantenerse en sus trece. «Soy joven — decía—. No hay prisas para atarme a una relación. Me gano bien la vida, soy soberana de mi vida y, para un rato de cama, no necesito perder mi independencia.» Y con el paso del tiempo, eso empezó a afectar a Bruno demasiado. Se enamoró de ella casi de inmediato. Al principio no quiso distinguir el sentimiento, sobre todo por la pared que Dani levantaba ante cualquier idea de crear algo con otra persona, pero, cuando fue consciente de que esa dichosa chica se había metido bajo su piel, la herida de su corazón se agrandaba más y más cada vez que ella

insistía sobre el asunto. Y así había aguantado tres largos años, adorando su cuerpo cada vez que lo tenía entre sus brazos, amándola en silencio a pesar de que cada vez necesitara más de ella. Pero, la última noche que había compartido con ella, su aguante llegó al límite. Lo que quería era tenerla por entero, no sólo lo que ella estaba dispuesta a darle. Quería su amor y todo lo que eso conllevara: una vida juntos.

Espantó esos recuerdos. En vez de regodearse en su dolor, intentó mitigarlo con algo que le hiciera feliz: la fotografía. Para ganarse las habichuelas,

hacía fotos de bodas, comuniones y demás zarandajas, pero en lo que realmente disfrutaba era en tomar instantáneas de lo que ocurría a su alrededor, de la gente, de la vida... Se autoimpuso un proyecto en el que centrar su atención: fotografiar la Barcelona cotidiana, esa en la que nadie recae y que, en realidad, es la verdadera. Se fijó un destino para cada día, todos cercanos entre sí para, de esa manera, hacer un reportaje de una zona determinada de la ciudad. Haría lo mismo cada semana, eligiendo un barrio diferente cada vez. Esa semana en que tenía todavía demasiado reciente su rotura con Dani, necesitaba animación en torno a sí, mucha distracción vestida de colores,

formas, personas y actividad. Para ello nada mejor que el casco antiguo, repleto de turistas de todos los países imaginables, artistas callejeros, estudiantes haciendo novillos, ancianos curiosos por ver pasar la vida que a ellos se les estaba escapando...

El lunes se entretuvo en la plaza Cataluña, donde una manada de chiquillos de excursión escolar sobrealimentaba a las palomas que acudían en picado a por un poco de alpiste. Fotografizó las cabezas de los niños apiñadas observando cómo comían los pájaros. Se recreó haciendo instantáneas de una bandada de aves acudiendo ante el sonido de las migas de

pan al caer al suelo. Se demoró con un indigente que, con la cabeza gacha y un vaso de cartón junto a él, acariciaba la cabeza del perro mil leches que lo acompañaba...

El martes recorrió Puerta del Ángel. Allí plasmó, con su cámara, las idas y venidas de mujeres cargadas de bolsas de las tiendas que sembraban ambos lados del paseo, un grupo de músicos rodeados por un sinfín de curiosos, una niña comiendo un gran cucurucho de helado...

El miércoles, los escogidos fueron los chiringuitos de las Ramblas, sus visitantes y las estatuas vivientes que poblaban la vía. El jueves, la Boquería, con sus puestos de verduras

elegantemente presentadas y en cuyas pescaderías, entre trocitos de hielo y ramas de perejil, los pescados parecían revivir. Finalmente, el viernes callejeó por las calles aledañas, siempre repletas del movimiento que él se afanó en inmortalizar.

Miles de instantáneas que, una vez en casa, revisaba una por una, desechando las que no reproducían lo que él había intuido al tomarlas. Al final, de las miles apenas quedaban unos cientos, pero que eran verdaderamente retazos de vida. Horas y horas de trabajo que se traducían en su visión del mundo a través de sus fotografías.

A pesar del exceso de trabajo

autoimpuesto, no se libró de la necesidad que tenía de Dani. No obstante, luchó y ganó la batalla consigo mismo. No la llamó. No sucumbió a la tentación. Era la primera semana, sin duda la más dura, sin ella, sin la posibilidad de ella. Tendría que guerrear mucho más si no quería terminar sucumbiendo a la necesidad de verla una vez más, de tocarla, de sentirla, de olerla, de envolverse en ella...

Por suerte, el fin de semana estuvo cargado de celebraciones. Eso era bueno, muy bueno para el negocio, sin duda, pero muy malo para su vena artística. Siempre las mismas poses repetidas hasta el aburrimiento, los

mismos gestos falsamente acaramelados. Una y otra vez, los típicos tíos de la novia, haciendo un ridículo estrepitoso, bailaban la lambada e intentaban arrimar cebolleta. O las cargantes primas del novio tirándole los tejos al fotógrafo...

Precisamente así conoció a Dani. Era el fotógrafo en la boda más aburrida y cutre de cuantas recordaba. Un insulso novio con cara de pingüino y traje a juego, jurándole amor eterno a una novia sin encanto y algo patosa, con un vestido tan almibarado que picaba los dientes con verlo. Madres lloronas, padres a los que todo aquello se la soplaba... y, entre tanto tedio, sentada en una mesa apartada de todos y con cara de

circunstancias, ella.

Recordó cómo, sin poder resistirse, se acercó hasta donde estaba Dani haciendo girar una margarita mustia entre sus manos. El pastel apenas tocado frente a ella daba clara cuenta de su falta de interés por la celebración. Su mirada perdida más allá de la repleta pista de baile no tardó en detectarlo.

—¿Quieres una foto? Creo que no te he visto antes cuando he pasado por entre las mesas.

—No, no me has visto. He llegado tarde, por suerte.

—¿Familia del novio o de la novia?

—Ni una cosa ni la otra. Fui compañera de ella en el instituto. Vivíamos cerca y estudiábamos

bachillerato artístico las dos, así que solíamos ir juntas a clase. —Abandonó la maltrecha flor sobre la mesa y tomó otra del ramo central—. De vez en cuando quedábamos para hacer algún trabajo y esas cosas. En realidad no sé por qué me ha invitado. No éramos tan amigas.

—Para ella sí que lo serías si te ha invitado a compartir el día más feliz de su vida —bromeó Bruno señalando con la cabeza la pista de baile donde los dos contrayentes se movían sin gracia al son de la música—. La gente suele invitar a las personas que le importan en ocasiones como éstas.

—O a quienes les imponen sus

padres o las obligaciones sociales — escupió con disgusto Dani y dejó caer, junto a la anterior, la flor que acababa de tomar.

—Si no te apetecía venir, ¿por qué lo has hecho? —Acercó una silla y se sentó a su lado.

—Buena pregunta. No sé... —dijo meneando la cabeza con desdén—... de adolescentes, era la típica niña sin amigos... —reconoció. Bajó los párpados hacia las flores que había desechado y comenzó a jugar con ellas—. Además, me ayudó con un par de trabajos en los que saqué un sobresaliente —añadió al fin tras un prolongado silencio, olvidado cualquier posible recuerdo amable anterior.

—Muy considerado por tu parte. —

Aquella chica que no era capaz de valorar la lealtad de una vieja amiga, aunque ésta fuera la mujer más sosa que alguien pudiera encontrar, despertó en Bruno algo parecido a la repulsa—. Bueno, ¿qué? ¿Quieres una foto o paso?

—Está bien —lo miró con fastidio—, sí, hazme una foto. O mejor dos o tres. Una sólo a mí, que estoy muy mona con mi vestido Tommy Hilfiger y quiero guardar un recuerdo. Luego —añadió poniendo los ojos en blanco—, si no te importa, me haces una con Conchi. —Pensativa, se paseó el índice por la barbilla y continuó—. Y otra más con ella y su nov... quiero decir, con su

marido.

En ese momento, Bruno se dio cuenta de que, a pesar de los esfuerzos por esconder lo que de verdad sentía, esa preciosidad de muchacha apreciaba a la tal Conchi y se alegraba de que la hubiera invitado a una fiesta que, si bien no iba con ella, sí era especial para la novia. Fue consciente, asimismo, de que aquella jovencita se cubría con una máscara de indiferencia, tal vez para que nadie pudiera acceder a su verdadera personalidad. Para que nadie conociera su verdadera esencia.

Aquella tarde terminó por hacerle no tres, sino muchas fotografías que todavía, después de tres años, guardaba en su ordenador. Durante el tiempo que

había transcurrido desde que las tomó, las había mirado embelesado muchas veces, siempre rememorando el día en que Dani llegó a él.

Al concluir la fiesta, Bruno se ofreció a acompañarla a casa, dado que había ido sola hasta allí. Ella aceptó. Una cosa llevó a la otra y esa noche fue la primera que pasaron desgastando las sábanas juntos. Muchas más llegaron después: placenteras, sudorosas, ardientes noches que él no tenía intención de volver a vivir, aún a riesgo de consumirse de añoranza.

Recordar aquellos momentos no le sentaba bien; su sexo se atolondraba y sus manos escocían por sentirla de

nuevo, así que tomó la decisión de hacerse con una nueva vida donde Dani no estuviera siempre presente. Una vida en la que los días con sus noches no representaran aguardar unas, en ocasiones, intempestivas llamadas, reclamándole placer. Algo que, hasta hacía una semana, él había estado siempre dispuesto a darle, pero que ya no le terminaba de satisfacer.

Comenzó su pelea diaria por olvidarla, no siempre con éxito. Las semanas que sucedieron inexorables a partir de esa primera lo sumieron en un sopor del que a duras penas conseguía salir. Únicamente el trabajo creativo que se había impuesto daba algo de aliciente a sus jornadas.

Con una sucesión de instantáneas, barrio a barrio, abarcó casi toda Barcelona. La Bonanova, con sus bonitos edificios y parques; Sarriá, con su aspecto de pequeño pueblo; Sants, Hostafrancs... Con el Ensanche estuvo entretenido durante veinte días. Cualquier cosa era buena si le ayudaba a desvanecer a Dani de su cabeza.

Poco a poco, a base de rutina y de esfuerzo, consiguió aliviar la desesperación por volver a ver a Dani, por enterrarse en ella hasta desaparecer... Logró engañarse a sí mismo con la idea de que no la necesitaba, aunque su cuerpo, que sabía la verdad, se obstinaba en recordársela

más de lo debido.

Sus amigos, al ver que no se interesaba por ninguna chica desde que lo había dejado con Dani, bromeaban sobre si se había convertido en un hermafrodita, en un asexuado o si se la cascaba cada dos por tres. Él no se pronunciaba. Los miraba sin interés y cambiaba de tema cada vez que ellos se ponían pesados. Y así, con mucho trabajo y nada de sexo, pasó seis meses sin saber nada de la mujer que amaba.

Por su parte, Dani, después del fiasco de su primera escapada con sus amigas, decidió no intentarlo más. Se encerró también en el trabajo y comenzó

a pasar más tiempo con su familia. La tenía algo abandonada desde que había decidido vivir sola. Desde que se había independizado, aparte de la comida que compartía con ellos los fines de semana y de la celebración de las fiestas señaladas, había estado alejada del abrigo de los suyos. Se había ido vistiendo de un halo de modernidad, suficiencia y, ¿por qué no decirlo?, frivolidad, dejando de lado lo que de verdad importaba: la gente que la quería. Cuando pensaba en esa gente, en la que siempre estaba a su lado cuando la necesitaba, no podía evitar recordar a Bruno y en cómo la había hecho sentir durante los tres años que habían estado

unidos. Al cabo de pocos días de dejar de verlo, se dio cuenta de que sentía algo por él más allá del sexo que habían compartido. Lástima que su pundonor no le permitiera llamarlo para decírselo.

Cada vez que pensaba en Bruno, se abría un debate en su interior. Por un lado, el deseo de verlo y de volver a sentir sus dedos jugando en su interior, su boca lamiendo su piel, sus caderas chocando impetuosas contra sus ingles; por otro lado, la indignación por el rechazo del que la había hecho protagonista. Lo que siempre ganaba era la certeza de que lo necesitaba cada vez más. Su cuerpo se había convertido, muy a su pesar, en un santuario del celibato. No podía imaginarse otras manos que

las de Bruno recorriendo su anatomía y, al cabo de los meses, eso empezaba a pesar.

—No voy a pedirte que nos acompañes esta noche a las chicas y a mí, porque sería malgastar saliva —le dijo un viernes por la tarde Merche—, pero el fin de semana que viene es el cumpleaños de María —la señaló con el dedo casi rozándole la nariz— y no va a haber excusa posible que te libre de venir a celebrarlo con nosotras.

—Que sí, Merche, que ya me lo has repetido cincuenta veces —resopló cansada pero divertida Dani—. Ya te he

dicho que iré y seré la alegría de la huerta.

—No sé yo... —protestó su amiga mientras ladeaba la cabeza y la miraba con ojos muy abiertos—. Con que vengas con nosotras, me conformo. Lo de las alegrías y las huertas... ya lo veremos.

—Ya lo verás —afirmó con seguridad alzando la nariz.

—Mira, Dani, yo te quiero y todo eso, pero desde hace tiempo no eres la misma —le habló como si de una niña se tratara—. Apenas sales con nosotras y, siempre que lo haces, es para tomar algo rápido y regresar a tu guarida —se quejó—. No echas un polvo desde hace meses... pero ¡si hasta estás aprendiendo

a hacer *pachwork*! Lo único que haces es trabajar —utilizó un tono cansino para enfatizar sus palabras—, leer y ver a tu familia. Que sí, que está bien compartir tiempo con los de casa, pero ¡leches, Dani, que tienes veintisiete años!

—¡Hago muchas otras cosas! —se reveló ella lanzándole una mirada furiosa a Merche.

—¿Ah, sí? A ver, ¿qué?

—Pues... —calló un momento que dedico a meditar. Bajó los ojos hasta su escritorio, luego los volteó por el despacho en busca de alguna respuesta. Finalmente miró triunfante a su amiga y afirmó— voy a zumba un día a la

semana y salgo a pasear por el campo de vez en cuando, por ejemplo.

—Pero ¿estamos locos o qué? —preguntó Merche poniendo los ojos en blanco—. Dani, veintisiete años, *veinti-sie-te*. —Levantó los ojos al techo desesperada y los volvió a posar en su amiga—. ¿Ir a pasear por el campo? Lo normal... para una persona de cincuenta años. Lo lógico sería que estuvieras siempre de fiesta, que te lo montaras con todo bicho viviente y que tuvieras el chichi contento y no con las telarañas que debes de tener ahí abajo —dijo señalándole el vértice de las piernas.

—¡Hago lo que me apetece!

—¡Ahhh, no, amiga! ¡Eso sí que no!

—Movi6 la cabeza pesarosa.

—¿Cómo que no? ¿Qué quieres decir?

—Dani, lo que tú quieres es volver con Bruno y darte el lote de tu vida con él. —Se apoyó en el borde de la mesa; a su lado—. Desde que rompió contigo, no le has dado marcha a ese cuerpo serrano —la miró de arriba abajo— ni una sola vez, y estás que ardes.

—No...

—Dani, no te mientas a ti misma. Si no supiera que es imposible, si no estuviera segura de que tú no crees en el amor, diría que estás enamorada de él.

—¿De ése? —preguntó con fingido disgusto.

—Daniiii.

—¿Qué? —preguntó la chuleta que habitaba en ella.

Merche levantó las manos en señal de rendición y se incorporó.

—De acuerdo, lo que tú quieras. — Mientras abría la puerta, se giró para encarar a su amiga y compañera—. Sólo respóndeme a esta pregunta.

—Di.

—¿Por qué no has vuelto a acostarte con nadie desde que no estás con Bruno? No, déjalo. No me respondas. Contéstatelo a ti misma.

Esa pregunta estuvo machacándola durante lo que restaba de viernes e incluso más. En casa, a solas, le dio vueltas del derecho y del revés. Era

cierto que no había compartido cama con nadie, a excepción de su hermana, que se había quedado en su casa a pasar la noche en una ocasión. No quería pensar en lo que implicaba su celibato. Pero debía ser honesta consigo misma y reconocer que, aunque su cuerpo bullía por sentir un orgasmo bestial de esos que los artilugios mecánicos no son capaces de dar, no quería lograrlo a cualquier precio. De hecho, sabía que, si no era con el maldito Bruno... nunca alcanzaría uno de verdad. Eso representaba otra cuestión. ¿Por qué sólo quería sentir a Bruno sobre ella, dentro de ella?... Sí, la cosa estaba clara y era más grave de lo que había querido pensar. Estaba perdidamente enamorada

de un hombre que la había rechazado, que la había apartado de su vida y de su cama porque quería algo más... ¿Qué era ese más? ¿Más variedad? ¿Más cantidad? ¿Más... implicación?... ¿Y si de eso se trataba? ¿Y si a lo que se había referido Bruno al decirle que no podía seguir como siempre, que necesitaba más, era que deseaba una relación al ciento por ciento? Se recostó en el sofá de casa con la mirada fija en el techo y la respiración agitada. Debería ser valiente y llamarlo, hablar con él para aclarar las cosas... Lástima que fuera una orgullosa de mierda, incapaz de dar su brazo a torcer... a pesar de que la que estaba sufriendo las

consecuencias de su obstinación no era nadie más que ella misma. Deseaba verlo... sólo verlo... pero eso de llamar y dar el primer paso se le antojaba un muro construido con su propia terquedad y soberbia, y muy difícil de traspasar.

Con la certeza de sus sentimientos por Bruno, encaró el fin de semana de manera diferente. Se dijo que debía meditar profundamente, reflexionar sobre cómo debía actuar; el amor era fuerte; la vanidad, también...

Mientras Dani se devanaba los sesos buscando la respuesta a la pregunta que Merche le había lanzado como un dardo envenenado, Bruno estaba en el

aeropuerto, esperando la llegada del avión en el que su hermano Rubén volvía por unos días a casa desde Dublín, donde ejercía de profesor de español en el Trinity College.

Mirando la puerta de llegadas, Bruno, para su disgusto, se imaginó esperando a Dani. Inventó un falso viaje y una hipotética reunión en la que los dos se fundían en un abrazo apasionado y sus bocas se atrapaban hasta formar una sola. Se reprendió enseguida. Su cuerpo, en especial una parte en concreto, recordó con vívida memoria la sensación de tenerla enredada en él. Y eso no era bueno para su integridad emocional ni para el propósito que se

había planteado meses atrás: olvidarla... No, eso era imposible y lo sabía, pero, al menos, no debía atormentarse por haberla perdido a causa de su necesidad de más.

Las puertas se abrieron y una muchedumbre ruidosa de jóvenes la atravesó. Un grupo de estudiantes volvía de su viaje de fin de curso a la capital irlandesa. El que no llevaba una bandera del país, llevaba un sombrero de leprechaun[1] o una camiseta de Guinness. Sonrió para sí. Ésa era una época bonita de la vida, sin más problemas que aprobar unos cuantos exámenes y pasarlo bien.. Las hojas acristaladas volvieron a moverse para dejar paso a algunos hombres trajeados

arrastrando su maletín de ejecutivo y buscando entre los presentes a alguien con una pancarta escrita con su nombre.

Finalmente su hermano salió junto a los últimos viajeros del avión. Portaba el carrito del aeropuerto cargado con una gran maleta y varios paquetes. En el hombro, una mochila que Bruno reconoció enseguida. Se la había regalado él mismo a Rubén cuando éste decidió aventurarse a iniciar una nueva etapa en otro país.

Las miradas de los dos hermanos destilaban cariño y complicidad cuando se encontraron. Bruno se acercó a él con rapidez y se abrazaron fuertemente.

—¿Has venido solo?

—Como me pediste.

—¿No les has dicho nada a papá y mamá?

—Rubén, sigues siendo mi hermano mayor y sigo haciéndote caso.

—¿Perdona? —preguntó Rubén divertido a la par que levantaba las cejas.

—Bueno, cuando me apetece. —
Ambos rompieron a reír.

—Te quiero, hermano —consiguió decir Rubén entre carcajadas—. Te he echado de menos. A ti y a tu ironía.

—Yo también te he extrañado, Rubén. Va a ser una locura cuando lleguemos a casa y te vea mamá. Justamente ayer me comentaba las ganas

que tenía de verte.

Bruno tomó el petate que cargaba su hermano mayor y se lo colgó al hombro. Le hizo un gesto con la cabeza invitándole a seguirlo y se pusieron en marcha. Hablando hablando, llegaron al parking, cargaron los paquetes en el maletero y emprendieron el camino a casa de sus padres.

—¿Te quedarás en casa de nuestros *amados* padres?

—No sé... ¿Me puedo ir contigo?

—¡Por supuesto! Si te quedas con ellos, te acabarán ahogando en cariñitos y comida rica... sobre todo mamá.

—Ya. ¿Recuerdas la última vez que estuve aquí y me quedé en su casa?

—Sí —se desternilló Bruno—.

¡Menudo empacho de croquetas que tuviste!

Cuando las risas se desvanecieron en el habitáculo del coche, el silencio lo invadió todo. Bruno hizo amago de encender la radio para romper el mutismo, pero Rubén le paró la mano.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

—¿Qué quieres decir? —Lo miró por un momento con sorpresa y volvió la vista a la calzada.

—Soy tu hermano mayor, Bruno. Te conozco desde que naciste y sé positivamente que te ocurre algo. Te noto... triste, sin vitalidad.

—Sólo estoy cansado. Me he embarcado en un proyecto sobre la

ciudad por el que tengo que caminar mucho. Todos los días me recorro algún barrio de Barcelona hasta conocer sus más recónditos rincones... Llevo así bastantes meses ya...

—Sí, me hablaste de ese proyecto —lo miró entristecido—; eso debería mantenerte en forma y entusiasmado, no mustio, que es como se te ve.

—Gracias, hermano, yo también te quiero.

—Precisamente porque te quiero y me preocupo por ti, deseo que me cuentes qué es lo que te pasa para poder solucionarlo juntos.

—¿Recuerdas que ya no tengo cinco años y que ya no necesito que mi hermano mayor me solucione la vida,

verdad?

—Antes de llegar a casa, vamos a ir a tomar una caña y me lo cuentas.

—Rubéeen —se quejó. Miró la luz roja del semáforo que tenía enfrente y con una sacudida de hombros se dio por vencido—. ¡Está bien! Una caña y unas bravas en el Tomás.

—Pago yo.

—Por supuesto.

Entre patata y patata, y sorbo y sorbo, Bruno fue desgranando todos los detalles de su relación con Dani. Ocasionalmente, le había hablado de ella, pero sin entrar en detalles como lo estaba haciendo en ese momento. Rubén escuchaba y asentía. Por suerte, se dijo,

nunca se había enamorado y no podía entender qué era eso que atormentaba a su hermano de tal manera como para variar su ánimo. No obstante, le quería y haría lo necesario para ayudarle a salir de ese bache.

—¿Has intentado volver a hablar con ella?

—No. Tengo miedo de verla. — Rubén mostró su asombro hundiendo los hombros y alzando las palmas abiertas hacia arriba—. Si vuelvo a verla, no tendré la suficiente fuerza de voluntad.

—Fuerza de voluntad... ¿para qué?

—Para evitar cargarla sobre mi hombro, llevarla a mi habitación y no dejar que salga de ella en un año. ¡Hasta que estemos extenuados de tantos polvos

que nos duela caminar!

—¡Muy descriptivo, sí señor! Y un poco bestia también.

—Rubén, llevo seis meses sin acostarme con nadie... ¿Cómo estarías tú?

—Mal, muy mal. Pero la cosa aquí es que no te has acostado con nadie ¿por qué...?

—Porque estoy enamorado de esa creída, vanidosa, egoísta y... maravillosa mujer.

—Pues sé consecuente con lo que sientes. Háblale. Explícale por qué rompiste con ella hace seis meses. Cuéntale cómo te hacía sentir que sólo te quisiera para follar. —Alargó el brazo

sobre la mesa y posó la mano sobre la de su hermano—. Si hay que ser sincero, Bruno, tampoco le diste una oportunidad. Tomaste una decisión unilateral y eso no es justo para nadie. Menos para la mujer que quieres.

—Supongo que tienes razón —dijo afligido y apoyó su mano libre sobre la de Rubén—. Gracias, hermano. Siempre sabes darme otro punto de vista. Siempre me haces reflexionar sobre mis decisiones.

—Soy profesor, ¿recuerdas?

Terminaron sus consumiciones y se fueron a casa de sus padres, donde la sorpresa y la alegría les devolvieron el buen talante a los dos. Mientras observaba las muestras de cariño de sus

padres hacia Rubén, comenzó a darle vueltas a la cabeza y a establecer un plan. No iba a ser fácil volver a acercarse a Dani, sobre todo después de cómo la había apartado de él. Debía ser una jugada maestra que la obligara a reconsiderar retomar, si no otra cosa, al menos su amistad. En ese momento se dio cuenta de que la quería en su vida al precio que fuera. No concebía vivir lo que le quedara de existencia sin verla. Eso sí, no retomaría lo que habían tenido a no ser que ella estuviera dispuesta a darle lo que él necesitaba.

El quinto piso de un edificio de

oficinas de la Diagonal esquina Urgel, donde Dani pasaba la mayor parte del día entre semana, no le pareció tan acogedor como solía. Había pasado dos días pensando en Bruno y en cómo volver a retomar contacto con él, sin haber encontrado la manera. Miró la habitación buscando sin éxito algo que la reconfortara. Dejó sus cosas sobre la mesa y se apoyó en ella abatida. En ese instante, la puerta que acababa de cerrar tras de sí se abrió.

—¡Hola, loca! —La voz cantarina de Merche le ofreció aquello que andaba buscando. Volvió la cabeza sobre su hombro derecho para encontrarse a su amiga en el vano de la puerta, observándola—. No te pregunto

qué has hecho este fin de semana porque eres capaz de sorprenderme con que has estado haciendo galletas o punto de cruz y mi corazón no resistiría tanto marujeo.

—Hola a ti también —contestó con una sonrisa mientras se volvía hacia Merche—. ¿Qué has hecho tú?

—Bueeenoo... La verdad es que no mucho. Quedé con las chicas para salir el viernes pero Carmen se puso mala. Al parecer, un virus la tenía pegada al váter, así que María y yo salimos un rato, pero la cosa no estaba muy animada, por lo que nos retiramos pronto. El sábado fui de compras con mi madre y con mi hermana. Acabé tan hecha polvo que me pasé todo el día de

ayer en casa viendo la tele y comiendo sobras.

—¡Pues no es que tú hicieras mucho más que yo! —aseguró, guardando su bolso en un cajón.

—Dani, me tienes preocupada. Tú no te ves, pero tienes una cara...

—¿Qué tal si lo dejamos? —Se sentó en su silla y encendió el ordenador, que despertó con un zumbido.

—¡Está bien! Pero ve haciéndote a la idea de que este viernes salimos a cenar y a tomar unas copas con las chicas. Es el cumpleaños de María y tú necesitas despejarte un poco de eso que te esté pasando.

—Te dije que iría, ¿no? Pues ya

está. No hace falta que me lo repitas...
—se enfurruñó.

Interrumpiéndola, Merche se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros y se acercó a su cara hasta que sus narices estuvieron a un suspiro.

—Está bien, no insistiré. Iremos de fiesta, celebraremos el cumpleaños de María y lo pasaremos bien. Tú lo pasarás bien de una vez.

Dani sonrió, se acercó todavía más a ella y la besó en la mejilla. Merche se separó de ella con la mano acariciando su mejilla besada y una sonrisa satisfecha en los labios. Después, se fue taconeando contenta y moviendo los dedos en señal de saludo. Cuando Dani

se quedó sola, mientras el PC aceptaba su *logging*, tomó una decisión. En realidad, dos: primero, que no permitiría que su orgullo le impidiera volver a ponerse en contacto con Bruno, el único hombre con el que había estado en los últimos tres años... y medio y, desde luego, el único que la había llevado a la gloria del orgasmo, y dos, que ese viernes, con sus amigas, volvería a ser la Dani divertida y marchosa de siempre.

En el ático del edificio de Consejo de Ciento esquina Rector Triadó, Bruno preparaba café y tostadas mientras esperaba a que Rubén acabara de

asearse. La ducha corría sin freno desde hacía ya cinco minutos. Pensó que debía hablar con su hermano sobre la conveniencia de ahorrar agua, pero desestimó la idea con una sonrisa ladeada. La tostadora lanzó el pan con un chasquido que se mezcló con el ruido producido por la puerta del baño al abrirse.

—Huele genial.

—Café y tostadas, ¡menudo festín! —ironizó. Ofreció una taza del aromático brebaje a Rubén y tomó otra para sí—. Hay mantequilla en la nevera. Ahí —señaló la pequeña mesa de cocina del rincón de la estancia— hay mermelada de naranja que me dio mamá

y otra de fresa de tía Marga.

—Humm... ¡Cómo echo de menos estas cosas!

—Si prefieres salado...

—No, las mermeladas familiares —
remarcó con una sonrisa la procedencia de los dulces— son más que bienvenidas.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Pensaba acompañarte un rato. No he quedado con mamá hasta la hora de comer. Nos espera a los dos. —Bruno no dijo nada, simplemente volteó los ojos con aire fastidiado—. Por la tarde he quedado con alguno de los chicos para tomar unas cervezas, ¿te vienes?

—No, hoy no. Si organizáis algo para el fin de semana, me apunto. —Se

frotó la nariz pensativo—. Sí, si quedáis viernes o sábado puedo ir con vosotros. El domingo tengo boda —anunció restregándose la cara con ambas manos con actitud cansada.

—¿Qué tienes que hacer estos días?
—Rubén mezcló la pregunta con los sonidos de su boca al masticar.

—Me gustaría terminar el montaje del libro de fotos de la ciudad que he estado preparando.

—De acuerdo. Te iré echando una mano, si me dejas. Por las mañanas todos están en el curro y no tengo otra cosa que hacer que estar con mi hermanito y darle la tabarra. —Ambos rieron.

—De acuerdo, pues. Acaba el desayuno y nos ponemos a trabajar.

—Y aprovecharé para taladrarte el tarro hasta que decidas telefonar a mi cuñada.

—¿Tu cuñada? —preguntó atónito con la tostada a medio camino a su boca.

—Sí, esa tal Dani de la que estás enamorado y que apartaste de tu lado cagándola como un idiota.

—Sí... supongo que debería...

—Supones bien. Ármate de valor. Medita muy bien qué le vas a decir, porque, antes de volver a Dublín, quiero conocerla.

—¡Pero si te vas en diez días!

—¡Pues espabila, hermano!

En ese momento Bruno tomó una decisión. Bueno, dos: una, llamaría a Dani para darle una explicación convincente, para lo cual necesitaba rumiar mucho el discurso, y dos, mataría a su hermano por entrometido. Su imaginación comenzó a volar con maneras crueles con las que acabar con Rubén.

Capítulo 3

Durante los cinco días que les separaban del fin de semana, Dani, bien en su oficina bien en su casa, fue elaborando un plan de ataque. No quería parecer desesperada cuando hablara con Bruno, aunque sólo con recordarlo le hervía la sangre y le palpitaba todo el cuerpo. ¡Qué difícil era olvidar la calidez de sus labios sobre sus pezones, la impetuosidad de su miembro... sus ardientes ojos verdes derrochando deseo por ella! En cierta manera, esos

ojos y lo que le hacían sentir era lo que más extrañaba de Bruno. ¡Qué tontería! Lo echaba de menos todo, absolutamente todo de él.

Después de mucho pensar, creía tener una idea de cómo afrontar el reto de superar su orgullo y volver a ver a Bruno sin humillarse demasiado. Le pareció que pedirle una sesión de fotos para regalarle a su madre en su cincuenta aniversario sería una buena manera de volver a hablar con él sin levantar demasiadas sospechas ni especulaciones.

Bruno se pasó el mismo tiempo organizando en su mente lo que le diría a la mujer que amaba para que ella no rechazara hablar con él. Le pediría

disculpas por su cobardía. No había estado bien romper su relación de años con una fría llamada de teléfono que ni siquiera él había realizado. Se confesaría ante ella. Le diría cuánto la quería y lo que la había echado de menos. No sólo el sexo con ella había sido el mejor que había disfrutado en la vida. Había extrañado su cuerpo pegado al suyo, su abandono cuando el placer la alcanzaba... pero también su risa siempre fresca, su agilidad para rebatirle aquello con lo que no estaba de acuerdo con él... Le diría que le faltaba ella en su vida y que, sin ella, carecía de todo lo que lo hacía feliz. Y si ella seguía empeñada en no querer

comenzar una relación con él, no le importaba suplicarle que lo dejara, al menos, ser su amigo.

La compañía de Rubén había sido un alivio y un tormento a partes iguales. Su insistencia machacona, por un lado, y su comprensión, por otro, lo habían ayudado más de lo que hubiera imaginado. Con su hermano en casa, había vuelto a tener a alguien en quien confiar. Alguien con quien vomitar todo lo que encerraba su alma. También había vuelto a reír de verdad, a divertirse por cosas sencillas y cotidianas. Por otro lado, Rubén le había ayudado mucho con el proyecto sobre Barcelona en el que llevaba seis meses embarcado. Asimismo, le había

organizado la primera salida de colegas que disfrutaría en medio año. Le alegraba volver a ver a los amigos de su hermano, y suyos, después de tanto tiempo. Le ilusionaba volver a encontrarse con aquella panda de gamberros a los que conocía desde que era un chaval. Los amigos de su hermano, y suyos por extensión, eran siempre un bálsamo para la melancolía. Le iría bien juntarse con ellos y correrse una juerga épica.

Tan absorta estaba Dani ese viernes por la mañana en su quehacer que rebotó en la silla cuando el ruido de la puerta

rompió el silencio de su despacho. La sonrisa maquiavélica de Merche le hizo sospechar que no traía muy buenas intenciones.

—Miedo me da saber qué andas tramando.

—Nada malo, te lo aseguro.

—Pues tu cara —señaló el rostro de su amiga con el bolígrafo que sostenía— dice lo contrario.

—Hemos quedado esta tarde, Carmen, tú y yo, para comprar el regalo de María.

—¿Ah, sí? ¡Es bueno saberlo!

—Sí. Y vamos a aprovechar para comprarnos alguna prenda provocativa nosotras también.

—¿En serio? —Sus cejas se

dispararon hacia arriba por la sorpresa —. ¿Te has planteado que a lo mejor no tengo ganas de com...?

—Tonterías. A todas nos gusta comprarnos cositas. Y si son sexis, mejor.

—En fin —la dio por imposible—, ¿qué me estás proponiendo?

—Esta tarde no hagas planes. Carmen nos pasará a recoger para ir de tiendas. Después nos vamos a casa a ponernos divinas de la muerte, y por la noche...

—Celebramos el cumple de María. Habíamos quedado que nada de tíos, ¿de acuerdo?

—Hombre, si surge...

—Noche de chicas —canturreó Dani—, a ver si eres capaz de aguantar.

—¡Oye! —exclamó Merche ofendida, acercándose con los brazos en jarra hacia su amiga—. ¡Ni que fuera una buscona!

—No —sonrió con benevolencia—, pero te gustan más los tíos que a un tonto un lápiz.

—Para qué negarlo, me gusta pasar un buen rato, pero por vosotras soy capaz de dejar pasar de largo hasta a mi adorado Sam Heughan.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —se desternilló Dani—. ¡Nadie en su sano juicio dejaría pasar a Jamie Frasier!

—¡Tienes razón! —reconoció

Merche contagiada por la risa de su amiga—. Si aparece por la puerta... ya me habéis visto el pelo suficiente por un año. Lo meto en mi habitación y no lo suelto hasta dejarlo seco.

—Bueno, Merche, me encanta que vengas a alegrarme la mañana, pero lo cierto es que la tengo muy liada y, si quieres que a las seis esté lista para vosotras, será mejor que vuelva al trabajo.

—Yo también estoy hasta arriba de curro, pero, cuando me ha llamado Carmen, no he podido contenerme. Hoy va a ser un día genial.

—Venga, loca, ve a trabajar para poder tener esa genialidad de día.

En un arrebato de espontaneidad,

Merche se acercó a la silla que ocupaba Dani, la giró hasta tenerla enfrente y agachó la cara para depositar un beso en su frente, dio media vuelta y se fue por donde había llegado. Dani la miró alejarse dibujando una sonrisa bobalicona en los labios. Quería a esa chiflada que siempre se mantenía a su lado. Agitó la cabeza a un lado y otro con ademán divertido para sumirse inmediatamente después en el trabajo que había dejado olvidado con la llegada de Merche.

Gracias a Rubén, el boceto del libro que presentaría a la editorial estaba casi

listo. La portada, una preciosa foto de Barcelona tomada desde el Tibidabo, la había escogido su hermano, quien había asegurado que resultaba muy simbólica si era de la Ciudad Condal de la que se mostrarían las imágenes. Bruno estuvo de acuerdo. Recordaba el día en que la había tomado. Las luces de la ciudad enardecían su belleza e iluminaban la noche. Rememoró que ese día se sentía deprimido. Ni siquiera la belleza que tenía ante él había mitigado su melancolía. La falta de contacto con Dani lo estaba matando... No había dejado de hacerlo en ningún momento... pero, ante aquella mágica imagen de su ciudad, se había vuelto a obligar a vivir con su ausencia. Pero ya no quería

seguir con ese vacío en su vida, en su pecho, en su alma, en su cuerpo...

Su hermano entró en el estudio donde trabajaba Bruno con dos tazas de té caliente y aromático. Le ofreció una, adornada con la bandera de Irlanda, que le había traído en un viaje anterior, y él se quedó con la que mostraba la imagen de un búho alerta. Rubén observó a su hermano con satisfacción. Se sentía orgulloso de él. A pesar de la crisis que vivía el país, había encontrado la manera de sobrevivir gracias a su pasión: la fotografía. Mientras bebía a sorbos pequeños, curioseaba por entre

las fotos que descansaban por toda la estancia. Se detuvo ante una imagen que desprendía un halo diferente. Reflejaba a una joven, muy joven a su parecer, de pelo castaño y rasgos suaves que miraba a la cámara con decisión, en un gesto de simpática complicidad. Le pareció una imagen hermosa que mostraba el amor con la que había sido tomada. No le cupo duda de que se trataba de su futura cuñada, como ya la había bautizado. La cogió con cariño y se dirigió lentamente hasta la mesa donde su hermano se quemaba las cejas para ultimar los detalles de su libro.

—Es preciosa —aseguró colocando la fotografía bajo la nariz de Bruno—. Si no haces algo pronto, cualquier

gilipollas te la quitará. Mira, puede que hasta sea yo —dijo con maliciosa ironía.

—Y puede que te corte los huevos si lo intentas —soltó Bruno sin mover un músculo pero cargado de rabia.

—Entonces, ¿has decidido el plan de ataque?

—Tengo una idea más o menos clara de lo que le voy a decir, sí.

—No la dejes escapar. Me gusta. Se la ve decidida, espontánea, comprometida y... preciosa. Esas dos pequitas sobre el labio... —ronroneó.

—Veo que no le tienes mucho aprecio a tu virilidad, hermano. Si sigues por ahí, no harás abuelos a

nuestros padres.

—Me encanta cabrearte —se ganó una mirada ladeada de disgusto que le empujó a añadir— y me encantan esas pecas sexis de mi cuñada. —Evitó, por los pelos, el golpe que Bruno le iba a asestar con la fotografía que tenía en las manos y salió corriendo del estudio.

—Te pillaré, Rubén. No dudes de que te pillaré —amenazó como solía hacerlo cuando eran pequeños.

En el vano de la puerta, Rubén se volvió para mirar a su hermano. Luego, con una sonrisa triunfal, se señaló el labio superior con dos dedos de la mano izquierda mientras que con la derecha le mostraba la foto de Dani que había cogido antes de la riña. Por fin

abandonó la estancia dejando a Bruno con una sonrisa disimulada. Era reconfortante tener a su hermano mayor allí, aunque sólo fuera por unos días.

La tarde de compras, antesala de la noche de chicas que iban a disfrutar, fue un auténtico acierto.

Compraron un regalo para María: un bolso de piel noble en color camello. Cedieron a la tentación de comprarle un detallito más personal e íntimo, con una carga de cachondeo de paso: un pintalabios que escondía, en realidad, un discreto pero efectivo artilugio de placer. Y ya que estaban mirando

escaparates, no perdieron la oportunidad de darse un caprichito ellas también. Carmen se enamoró de unos zapatos de tacón imposible, que no sabía cuándo sería lo suficientemente valiente como para poder utilizar sin descalabrarse. Merche, que ya sabía de antemano qué quería, fue derecha a la sección de lencería para apropiarse de un conjunto negro de seda y encaje. Dani, a pesar de las protestas de sus amigas, fue más práctica: aprovechando la visita a la marroquinería donde habían adquirido el bolso de María, se compró una cartera, dado que hacía tiempo que necesitaba una nueva.

Con las compras hechas y las ganas puestas, se despidieron con el tiempo

justo para arreglarse y reunirse de nuevo, esta vez ya con María.

Pedro, Luis y Jesús pasaron a recoger a los hermanos a casa de Bruno a las nueve y media, como habían quedado. Al ser una cena entre amigos para celebrar la visita del hijo pródigo llegado de Irlanda, todos mostraban un talante alegre, incluso travieso. Sin haber quedado de acuerdo, todos habían coincidido en calzarse unos tejanos que cada uno había combinado a su manera. Bruno, en su vertiente más friki, se había decantado por una camiseta blanca que mostraba unas manchas en el pecho que

recordaban la máscara de un soldado blanco del ejército de Darth Vader. Rubén, más clásico, lucía una camisa de cuadros de distintos tonos de azul.

Con bastante esfuerzo, se embutieron en el Corsa de Luis. Habían elegido ese coche porque era el más fácil de aparcar, pero, realmente, parecían sardinas en lata, cinco hombres como castillos, a cual más alto y musculoso. Bruno, que era el más grande de todos ellos, ocupó el asiento del copiloto. El resto se arrebujó, a duras penas, en la parte posterior del vehículo, lo que les produjo un estallido de carcajadas que se oía desde el exterior.

—Tío, mantén tus manazas bien lejos de mi culo si quieres conservarlas

—amenazó Pedro a Rubén en tono guasón.

—¡Vaya, me has descubierto! ¡Ese culo me tiene loco! —le siguió el juego. Lo miró sensual levantando varias veces las cejas, lo que provocó un nuevo ataque de risa en el habitáculo.

—Parece que Dublín te ha cambiado los gustos. ¿Tienes noviete allí? —intervino el dueño del coche.

—¡Por favor! ¡Ni loco! Con estas posaderas esperándome aquí...

Entre esa y otras bromas por el estilo, llegaron al Borne. Allí, entraron en un restaurante chileno especializado, principalmente, en carnes a la brasa que le habían aconsejado a Jesús. Con

alguna berenjena rellena entre medio, cayeron tiras de asado, matahambre y algún entrecot, todo regado con un excelente vino, que Luis no probó. Llenaron sus estómagos a la vez que se pusieron al día de sus respectivas vidas. Se conocían desde niños, cuando el pequeñajo de Bruno los seguía en todas sus andadas y ellos no tenían más remedio que llevarlo a remolque, así que la complicidad entre ellos no tardaba en aparecer de nuevo siempre que se juntaban.

Después de cenar y como la noche no había hecho más que empezar, Jesús propuso ir al emblemático bar Mirablau, a los pies del santuario del Tibidabo, desde donde se podía disfrutar de unas

maravillosas vistas de toda la ciudad. A Bruno la idea le pareció estupenda. Justo ese día había elegido como portada de su libro una foto tomada desde allí.

Se volvieron a meter con calzador en el utilitario de Luis, con la música favorita del dueño del coche, Pink Floyd, saliendo a todo trapo por los altavoces. La imagen de Dani acudió imperiosa a Bruno, cuando empezaron los acordes lastimosos de *Wish you were here*.² Él también deseaba que ella estuviera allí... con él.

Merche wasapeó un mensaje en el

grupo que tenía con sus amigas. Al comprobar que no llegaba a tiempo, les pedía que la esperaran en el restaurante donde tenían previsto cenar. Todas estuvieron de acuerdo en acudir por su cuenta y reunirse allí. No fue hasta las diez y diez que Dani traspasó las puertas del local. María y Carmen ya estaban allí, sentadas alrededor de una mesa para cuatro. En el momento en que se sentaba, apareció un camarero solícito, preguntando qué deseaba beber. Imitó a sus amigas, que disfrutaban de una copa de vino blanco bien frío cada una. Merche apareció a la vez que el camarero que llevaba su pedido a Dani. Después de haber olfateado la copa de María, a ella también le apeteció lo

mismo que tomaban las demás y el muchacho no tardó en servirle lo que había solicitado.

Brindaron por la cumpleañera, a la que llenaron de besos antes de entregarle sus regalos. El bolso, el primer paquete que le dieron, le encantó. Cuando abrió el pequeño envoltorio de brillante papel fucsia que escondía el vibrador camuflado, se le escapó un gritito de sorpresa.

—¡Joder, tías, me encanta! No tenía ninguno y menos así, tan discretito. Éste va directo a mi bolso nuevo. ¡La de fiestas que me voy a pegar en el baño de la oficina!

—¡Eres una salida, María! —la

censuró divertida Merche.

—Fijo que tú tienes uno también. A ver, déjame fisgonear en tu bolso — repuso tratando de arrancárselo de las manos.

—¡Ni loca! —exclamó recuperándolo—. No os imagináis la de cosas perversas que os podéis encontrar aquí dentro.

—¡Queremos verlo! —Sus tres amigas se abalanzaron en su dirección y empezaron a hacerle cosquillas.

—¡Antes muerta! —aseguró entre risas. Consiguió a duras penas recuperar el control de su bolso, lo cerró con sus manos igual que una anciana desconfiada y muy dignamente lo recostó sobre sus rodillas. La demás

explotaron en una sonora risotada al ver su pose retadora. En el momento de mayor hilaridad, apareció de nuevo el camarero, quien, con una mirada severa, las llevó al orden sin haber abierto la boca. Les costó un esfuerzo sobrehumano mantener la compostura ante esos rígidos ojos que las regañaban en silencio. Su pose tan formal, tan hierática, les resultaba más cómica que amenazante. No fue fácil que el hombre les tomara el pedido porque, cada vez que alguna de ellas solicitaba un plato, las otras aprovechaban para burlarse de ella mordazmente y las risas empezaban de nuevo. Cuando consiguieron terminar de elegir, el Mesero (mote que le había

adjudicado la graciosa de Carmen), serio y firme como un cirio, se hizo cargo de la comanda y desapareció malhumorado.

Las bromas fueron buenas compañeras para las ensaladas que habían pedido, y los comentarios jocosos, en los que la diana siempre era una de las cuatro, también. Como la cena había sido ligera, se les antojó a todas, de postre, la sugerencia del chef: tarta de limón y queso. Con disimulo, le rogaron al camarero que las atendía que le clavara una vela a la porción de la homenajeadas. A pesar de haberse ganado su antipatía por escandalosas, lo hizo. Y no sólo eso, sino que las invitó a un chupito después. Como habían

bebido, y no era cosa de arriesgarse tontamente cogiendo el coche, se decidieron por parar un taxi. Antes, no obstante, se pusieron de acuerdo sobre a dónde ir. Al estar en Sarriá, se les ocurrió ir al Tibidabo, pues no quedaba demasiado lejos y las vistas desde allí eran fabulosas.

El taxista que las recogió, un hombre canoso y con cara de cansado, no paró de coquetear con ellas durante todo el trayecto. Carmen, que se había sentado delante, fue la más perjudicada por las indirectas del sujeto. Se quería hacer el gracioso, pero tenía el ingenio tarado y resultaba hasta desagradable. Además de feo, el tipejo olía a la ciénaga de

Shrek. Vamos, todo un bombón. Fue un alivio cuando llegaron a su destino. Salieron del automóvil a la carrera, huyendo del conductor, de sus inapropiados comentarios y del efluvio de sus axilas.

Entraron en el local que habían elegido en tropel. Reían rozando el escándalo, lo que provocó más de una mirada curiosa en su dirección. El lugar estaba en penumbra, cosa que favorecía que las luces de la ciudad resaltaran con más brillo, y la suave música *chill-out* envolvía el ambiente dándole un halo acogedor. Buscaron aquí y allá un sitio donde acomodarse, pero el local estaba repleto. Sin poder contener las risas que las acompañaban desde el inicio de la

noche, bajaron la escalera que conducía a otro espacio, un poco menor que el de arriba, y a la terraza desde donde se podía admirar Barcelona, que se mostraba majestuosa a sus pies. Eligieron estar al aire libre. A pesar de que la temperatura era agradable, la altitud y las ligeras ráfagas de viento les obligaron a utilizar las chaquetas que hasta ese momento llevaban colgando del brazo.

Una vez acomodadas, María insistió en invitarlas a la primera ronda; estuvieron de acuerdo en que fuera de daiquiris. La música, amortiguada por los cristales que las separaban del interior, seguía sonando evocadora. La

cumpleañera entró para hacer el pedido mientras ellas seguían con su loca charla; al volver, lo hizo con espaviento de manos, haciendo sonar las pulseras que llevaba.

—¡Chicas, me acabo de enamorar!

—¿De quién? —preguntó Carmen girándose hacia la pared de vidrio. Las otras dos la imitaron, escudriñando el interior del local.

—¿Veis aquel grupo de chicos? — señaló alargando el brazo. Había dos pandas de hombres en la dirección que indicaba María—. Los más jóvenes, ¿los veis? Me he enamorado de todos ellos, pero el morenito que está en el centro... ése está para comérselo con ropa y todo.

Dani se giró intrigada, pero sin demasiado interés. María se enamoraba cada cinco minutos y su criterio en cuanto a hombres dejaba mucho que desear. Al mirarlo, algo llamó su atención, un gesto conocido, una sonrisa añorada. No se lo podía creer. Estudió al joven al que se refería su amiga más detenidamente y palideció de golpe. Seis meses sin verlo, sin saber nada de él, y justo se lo encontraba allí, divirtiéndose con sus amigos. Una ráfaga de rabia la atravesó de arriba abajo, pero enseguida la reprimió; al fin y al cabo, ella estaba haciendo lo mismo que él, ¿no?

Sin una palabra de explicación, se

levantó y, haciendo acopio de determinación, se dirigió al interior del establecimiento. Las demás se miraron con la curiosidad pintada en sus rostros hasta que la vieron aproximarse a los jóvenes que había señalado María. Expectantes, la siguieron con los ojos. Se acercaba a ellos directamente, decidida. El adonis al que había hecho referencia la homenajeadá, al verla, se levantó como un rayo de su taburete para quedarse mirando fijamente a su amiga. Dani les daba la espalda, así que les resultaba imposible distinguir su expresión, pero, si se parecía en algo a la del chico, debía de estar alucinando. Estaban muy cerca el uno del otro; ella miraba hacia arriba, hacia sus ojos,

mientras que él, desde su altura, la observaba detenidamente. Ese hombre estaba que quitaba el hipo, no era de extrañar que cualquier mujer se quedara hipnotizada ante su mirada. Algo en la postura de Dani alertó a Merche. Y lo supo. Ése era Bruno, el semental con el que su amiga había estado retozando durante años y que ella, testaruda, se negaba a reconocer como algo diferente a un amigo con derecho a roce. Pero Merche sabía que era más, mucho más que eso lo que su compañera sentía por él.

Dentro, el silencio entre ellos contagió al resto de los hombres. Los miraban a uno y otro sin entender qué

pasaba. Sólo Rubén, que la reconoció enseguida, sabía lo que encerraban esas miradas enmarañadas la una en la otra. Harto de esperar a que salieran de su mutismo, se decidió él a romperlo.

—Bruno, ¿no nos presentas a esta preciosidad?

Su hermano lo miró aturdido, deshaciendo, al fin, el hechizo que había provocado encontrarse con Dani ante él. Recaló en las caras curiosas de sus amigos y volvió a fijar la mirada en la mujer que tenía enfrente.

—Chicos —dijo sin apartar los ojos de Dani—, os presento a Daniela Segura. Dani, éstos son mi hermano Rubén y mis amigos Luis, Jesús y Pedro.

—Encantada —susurró sin retirar

sus pupilas de las de Bruno.

En ese momento, aparecieron Carmen, Merche y María detrás de ella. Sólo su compañera de trabajo sabía de qué iba la cosa, por eso una airada María no ocultó su malestar hablando un poco mosqueada.

—Dani, cariño —dijo con retintín —, ¿no había más hombres en el bar? — Alargó la mano hacia Bruno—. Hola, me llamo María. Éstas son Carmen y Merche.

Esas palabras la sacaron de su ensoñación.

—Perdonad, es que Bruno y yo nos conocemos desde hace años, pero no nos hemos visto en meses. Ha sido una

sorpresa encontrarlo aquí.

—¡Qué casualidad, ¿no?! —exclamó Carmen extendiéndole la mano a Luis, que estaba junto a la barra y no la perdía de vista ni un momento.

—Luis —dijo él estrechándosela. Ella le sonrió insinuante antes de volverse para mirar a Jesús.

—Jesús —se presentó él, imitando el saludo—. ¿Os apetece tomar algo con nosotros?

—Tenemos nuestros daiquiris en la terraza —informó María—. Si nos apretamos, cabremos todos en nuestra mesa.

Merche no había abierto la boca, cosa rara en ella, que siempre llevaba la voz cantante en todo. Dani se giró en su

dirección y la descubrió contemplando embobada a Rubén, quien, a su vez, la observaba con ojos hambrientos. Flechazo en todo regla.

Enseguida se pusieron de acuerdo y decidieron ir a la mesa que ellas habían elegido. Se sentaron en el banco que había en un lado y fueron cogiendo sillas de las mesas de su alrededor que no estaban ocupadas. En poco tiempo, todos estaban acomodados, disfrutando de sus consumiciones y animados en una agradable charla.

Para decir la verdad, no todos hablaban. Dani y Bruno seguían mudos y mirándose intensamente, tratando de averiguar qué le había pasado al otro

durante los seis meses que había durado su separación. Por su parte, en otro lado de la mesa, Merche y Rubén, ajenos a todo lo que no fueran ellos dos, mantenían una conversación privada e incendiaria. En ocasiones Cupido aparece cuando menos te lo esperas y ése parecía el caso.

Llevaban un rato sentados cuando Bruno, que no había abierto apenas la boca, se puso en pie de repente. Tomó a Dani por el brazo y la obligó a imitarlo.

—Disculpad, chicos, pero Dani y yo tenemos que hablar. —Todos alzaron los rostros al unísono en su dirección. Su hermano, con una franca sonrisa; Merche también—. ¿Nos vamos? —Tiró de ella. Dani tuvo que agacharse otra

vez para recoger su bolso—. Rubén, nos vemos en casa. Chicos, ya quedaremos otro día. —Mirando a las muchachas, añadió—: Encantado de conoceros. A ver si coincidimos en otra ocasión.

—Adiós —fue la escueta despedida de Dani y caminó tras los pasos de Bruno.

Con la perplejidad pintada en sus rostros, sus amigos vieron cómo se alejaban y luego se volvieron hacia un todavía sonriente Rubén.

—¿Qué demonios ha sido eso? —quiso saber Jesús, señalando la puerta por donde habían desaparecido.

—Que las cosas van a ponerse donde deben estar. Ésa es la chica de mi

hermano, aunque ella aún no lo sepa.

—Creo que sí lo sabe —intervino Merche satisfecha—, aunque se lo niegue a sí misma. —Sus amigas la miraron sin comprender—. Es una larga historia la que tienen esos dos. Ya es hora de que la resuelvan de una vez.

—Pero... —empezó a decir María.

—Mi hermano está enamorado de ella desde hace tiempo —la interrumpió alzando las manos para frenar sus preguntas.

—A Dani le pasa lo mismo, con la diferencia de que es una cabezota y no quiere reconocerlo —reveló Merche.

—Vaya, pues hoy es el día para que lo haga —aseguró Rubén. Los demás los miraban a una y al otro sin acabar de

entender lo que decían. Ni Bruno les había hablado a sus amigos nunca de Dani, ni ésta había dicho una palabra sobre él a las chicas, aunque empezaban a sospechar que ese tal Bruno era el semental del que habían oído hablar hacía tiempo.

—¿Ésa es la confianza que nos tiene Dani? —preguntó airada Carmen. Cogió su copa y la terminó de un trago—. Yo pensaba que éramos amigas. —Dejó su vaso sobre la mesa con un golpe.

—Si te sirve de consuelo, Carmen, Bruno también ha sido una tumba para nosotros —explicó Jesús mientras levantaba la mano para llamar al camarero—. Claro que, entre chicas,

supongo que la cosa cambia. Sospecho que os contáis todos vuestros secretitos.

—No los culpéis —pidió Rubén—. A veces uno tiene que mantener sus sentimientos escondidos para darse cuenta de lo importantes que son para él. Eso les ha pasado a esos dos.

—Dani os lo explicará, chicas, estoy segura —razonó Merche—; después de esta noche, no tendrá más remedio que enfrentarse a la verdad... espero.

Capítulo 4

Bruno la instó a que subiera la escalera que daba a la calle por delante de él. Sus ojos no desaprovecharon la oportunidad de admirar las perfectas formas femeninas, mientras se devanaba los sesos buscando las palabras adecuadas para iniciar una conversación que hacía tiempo tenían aparcada. Dani volvió la cabeza en un par de ocasiones para asegurarse de que él la seguía. Al llegar a la entrada del establecimiento, se paró en seco, se giró y, con las manos

en las caderas, esperó a que él llegara a su lado. No tuvo que hacerlo demasiado, Bruno le seguía los pasos muy de cerca.

—¿Se puede saber de qué quieres que hablemos?

—Lo sabes perfectamente, Dani. De nosotros.

—Dejaste muy claro que no querías saber más de mí —le recordó combativa.

—No, Dani. Lo que dije fue que no podía continuar como hasta entonces.

—¿Y eso qué quiere decir? —Sus ojos echaban fuego. La ofensa no había remitido, aunque hubiera admitido en su fuero interno que sentía algo muy profundo por Bruno.

—¿Qué tal si vamos a un sitio más

adecuado para hablar con tranquilidad?

Dani dudó por un momento. Sabía que, si se encerraba en una habitación con Bruno a solas, podría desencadenarse toda la necesidad que tenía de él y no estaba segura de que fuera una buena idea en ese momento.

—¿Qué propones? —preguntó con miedo.

—Podemos ir a mi casa... o a la tuya.

—No sé... Creo que será mejor hablar en un sitio neutral. —Lo miró suplicante. Bruno asintió con un leve movimiento de cabeza, se giró hacia la carretera y llamó al taxi que había en la parada frente a la puerta del local.

Subieron en silencio; se miraron sin decidir a dónde ir. Finalmente, Dani bajó la vista hasta sus manos y, negando con la cabeza, le dio su dirección al conductor.

—¿No decías que era preferible un sitio neutral?

—Sí... pero la conversación promete ser larga... y dura. No me apetece que alguien nos escuche discutir.

—Te aseguro que mi intención no es discutir contigo. —La miró con intensidad y se atrevió a tomar con delicadeza una de sus manos. Dani se sobresaltó al sentir el roce de piel contra piel y rompió el contacto bruscamente—. Lo siento, no

pretendía...

—Necesito que me expliques por qué. Sólo eso. Estoy demasiado dolida... —Levantó los ojos y comprobó que el taxista estaba atento a lo que sucedía entre ellos. Alertó a Bruno y éste, haciéndose eco de su advertencia, decidió guardar silencio y evitar cualquier toque que pudiera alterarla.

Se mantuvieron tan alejados como el asiento les permitió y no dijeron una palabra hasta que el coche paró frente al edificio de ella. Con un escueto «buenas noches», se despidieron del taxista después de que Bruno pagara la carrera. Todavía en silencio, recorrieron los

escasos tres metros que los separaban del portal, entraron y se dirigieron al ascensor. Dentro de esa pequeña cabina, un aluvión de recuerdos los atrapó a ambos. La imagen de Bruno besando su boca, recorriendo su cuerpo con dedos enaltecidos, chupando la piel que separaba sus pechos... Dani no pudo remediar que sus labios se separaran y un gemido se escapara por entre ellos. Él la recordó entregada, desabrochando el botón de sus pantalones para alcanzar su pene despierto y ansioso... Un gruñido se escabulló de su pecho, un gruñido que deseaba convertirse en un bramido de éxtasis. Se miraron alterados, con la complicidad que da saber lo que piensa la persona que está a

tu lado.

Acalorados y hambrientos, sin rozarse pero deseando recorrer el cuerpo del otro, llegaron al piso de Dani. Le costó abrir la puerta; los nervios, el deseo y el enojo no la ayudaban mucho. Si el elevador les había evocado imágenes de ellos dos entregados a la pasión, el apartamento de Dani las intensificó. Bruno miró a su alrededor, reconociendo en cada rincón un espacio donde le había hecho el amor apasionadamente, donde le había dejado su huella exaltada, donde le había confesado su amor mil veces sin palabras. Con una determinación dolorosa, arrinconó los recuerdos y

decidió que había llegado el momento de poner toda la carne en el asador. Con parsimonia, tomó asiento en el sofá rojo que presidía la sala, apoyó los codos sobre sus rodillas, juntó las manos y, con un suspiro decidido, comenzó a hablar.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también —confesó en voz baja, mirando al suelo y casi con vergüenza—, pero ahora no es momento de hablar de lo que hemos sentido mientras no nos hemos visto, sino del motivo por el que *no* nos hemos visto. —Se acomodó en el sofá, sentándose sobre su pierna izquierda para quedar enfrente a él—. A ver, empieza a dar argumentos que resulten medianamente

creíbles.

—Está bien. —Se frotó enérgicamente la cara con ambas manos, las pasó por su pelo revuelto para terminar posándolas en sus rodillas de nuevo—. No sé por dónde empezar ni cómo explicarme.

—Por el principio estaría bien —escupió sarcástica.

—De acuerdo. Tienes razón. Es lógico que estés enfadada conmigo; yo lo estaría... —Ella lo miró con el ceño fruncido, esperando una explicación que ya estaba tardando demasiado en llegar—. Bien... Dani, estoy total y profundamente enamorado de ti —soltó de golpe y sin anestesia.

La reacción de ella no fue la que él esperaba. Se quedó quieta, pasmada, muda... Fijó la vista más allá de Bruno y, sin percatarse, empezó a hiperventilar. La respiración superficial impedía que el aire llegara a sus pulmones. Mantenía la boca abierta en busca de oxígeno, los ojos desorbitados por el pánico a ahogarse... Parecía que en cualquier momento iba a perder la conciencia; la piel blanca, los labios morados... Bruno se asustó. No entendía qué le estaba pasando. Era una mujer fuerte y decidida. No tenía sentido que su confesión le causara ese efecto. No se pudo resistir, así que la aferró por los hombros y la atrajo hasta su pecho.

—Dani, Dani, Dani, cariño. Dime qué te pasa. Háblame, mírame. Dani — le susurró, asustado, al oído mientras su mano distraída acariciaba la espalda femenina de arriba abajo tratando de aportarle la tranquilidad que en ese momento había huido de ella.

Pasados unos minutos en los que la angustia de Bruno se mezclaba con el estupor de Dani, ésta volvió poco a poco a respirar con cierta normalidad. Se agitó sin fuerzas dentro del abrazo de Bruno y, finalmente, se separó de él. Una lágrima solitaria recorría su mejilla.

—No lo entiendo —dijo abatida—. ¿Por qué me alejaste de ti si estabas

enamorado de mí? No puedo entenderlo. No logro que entre en mi cabeza una idea tan descabellada. Cuando quieres a alguien, deseas estar junto a esa persona siempre, siempre... —Se le consumió la voz en un lamento.

—Dani... —trató de explicar. Ella lo interrumpió.

—Estábamos bien. Nos divertíamos juntos. El sexo entre nosotros era fabuloso. Nunca he tenido uno mejor. — Ya llorando a mares, añadió—: No supe lo que era un orgasmo hasta que te conocí. Todo lo vivido antes de ti era un reflejo distorsionado de lo que podía llegar a sentir y tú... ahora me dices que me quieres, que estás enamorado de mí, pero me has dejado sola, huérfana de tus

besos, de tu cuerpo, durante un tiempo interminable. No lo entiendo. No logro... —Las lágrimas le impidieron seguir. No tenía consuelo a pesar de que Bruno, que la había vuelto a rodear con sus brazos, no paraba de acariciarla y acunarla con todo el amor que le profesaba.

—Chist, tranquila, mi amor. Tranquila, estoy aquí, contigo.

—¿Por qué? —logró balbucir entre lágrimas—. Explícame por qué.

—Dani, te amo tanto que me duele mirarte. Me duele saberme sólo un capricho para ti. Durante años he permitido que sufriera mi alma para poder tenerte cerca, tocarte, amarte...

¡Dios, duele saber que, para la mujer que quieres, no eres más que un dildo gigante, al que se utiliza para calmar una necesidad física y nada más!

Dani se calmó como por ensalmo. Lo dicho por Bruno con tanta vehemencia la había sacado de su estado de conmoción como un conjuro. Lo miró con los ojos rojos, todavía anegados, buscando en el interior de los iris masculinos la verdad de sus palabras. Era cierto, le había hecho daño. Mucho. Sobre todo por haber sido una cobarde y no confesarse a sí misma que llevaba enamorada tanto tiempo como él. La imagen de independencia que se había creado la había llegado a cegar a ella misma de forma ridícula, impidiendo

llegar al fondo de sus sentimientos, allí donde se encontraba el mayor de todos: su amor profundo y sincero por el hombre que la tenía en sus brazos en ese instante.

—Necesitaba apartarte de mí — siguió hablando el chico—. Me estabas destruyendo. Yo lo quería todo. Todo o nada. Sabía, porque te habías encargado de hacérmelo saber muchas veces y muy bien, que contigo no podría conseguir nunca lo que deseaba: a ti. Tu cuerpo, lo tenía, sí. Siempre que tú quisieras, estarías dispuesta para que yo calmara tu hambre de sexo... y la mía. Pero yo necesito mucho más de ti, Dani. Necesito cuidarte cuando te duele la

tripa o los mocos no te dejan respirar. Necesito discutir contigo porque me he dejado el tapón del gel abierto en el baño. Necesito cogerte de la mano en el cine viendo una película que te emocione... Necesito dormirme a tu lado y despertarme contigo cada día, ducharme mientras te lavas los dientes, desayunar de pie en la cocina porque se nos hace tarde para ir a trabajar... Te necesito de todas las maneras humanas posibles. Te necesito a ti. —Tras un silencio que decía mucho más que sus palabras, añadió—: Y todo eso no estabas dispuesta a dármelo. Mientras te hacía el amor, mientras me enterraba en ti abandonando el alma en ello, no dejaba de anhelar ser el hombre que

amaras, no el que simplemente desearas. Y, al final, ya no pude más. Me hacía sufrir demasiado. Tenía que acabar con aquella locura.

Dani lo miró con los ojos húmedos, padeciendo en sus carnes el pesar del que le hablaba Bruno y que ella hizo suyo. A lo largo de los meses que había estado alejada de ese hombre que le confesaba su amor de una forma tan sincera, con el corazón expuesto para ella, el sentimiento que había tenido guardado, escondido, que no se había descubierto ni siquiera a sí misma, se había revelado: ella, Daniela Segura, estaba loca por ese cariñoso, amable, sensual, inteligente y guapísimo joven. Y

su testarudez le había impedido confesárselo a él... y a ella misma. Se acercó a Bruno con los labios abiertos, dispuesta a admitir sin disimulos ni secretos el amor que sentía por él, pero el joven no le permitió besarlo. Con mucha delicadeza, se apartó de ella y se levantó.

—Ya he respondido a tus preguntas. Ahora debo marcharme. Si me quedo un poco más, si acepto el beso que me estás ofreciendo, no tendré la suficiente fuerza de voluntad como para no volver a arrebatarte uno... mil orgasmos. Y no es eso lo que quiero. Ya no —aseguró a pesar de estar desgarrado por el deseo.

—Bruno, por favor, no te vayas —le rogó desesperada—. Tú has hablado.

Ahora me toca hacerlo a mí.

Bruno dudó por un momento, pero cedió. No era justo para ella soltarle su discurso e irse sin darle la oportunidad de opinar sobre lo que había escuchado. Así que se sentó de nuevo para oír lo que ella tuviera que decirle.

—No tenía idea de lo que nuestro acuerdo estaba representando para ti. — Bajó los parpados avergonzada—. Fui egoísta y confiada. No pensé que aquello que teníamos pudiera acabar nunca —regresó a los ojos de él—. Era el trato ideal, pensé estúpidamente. Un chico joven, una chica joven también. Sexo fantástico, maravilloso y cero complicaciones. No quería que aquello

cambiara. Tenía miedo. La convivencia, la monotonía... podían acabar con aquella idílica relación. —Calló meditabunda, escogiendo las palabras que diría después. Cuando las encontró, continuó—. Nunca en mi vida había conocido a alguien como tú. Eres lo mejor y más excitante que me ha pasado nunca. Pensé, tonta de mí, que podía mantener esa situación para siempre. Pero cuando me dejaste... tan frío, tan cruel... No he dejado de pensar en ti en estos eternos seis meses. Creo que he contado hasta los minutos que he pasado lejos de ti. —Cambió de posición en el sofá, nerviosa—. No he podido estar con nadie que no fueras tú. He descubierto, en esta soledad, que te

quiero más de lo que estaba dispuesta a admitir. —Una nueva lágrima resbaló por su mejilla. Él la limpió con el pulgar, deseoso de seguir escuchando—. Yo también estoy enamorada de ti, Bruno. He añorado tus manos haciendo magia con mi cuerpo, tus labios arrancando suspiros de los míos, tu pene hundido en mí... pero también he echado de menos tus risas contagiosas, tus comentarios juiciosos, tu olor invadiéndome, tu delicadeza al tratarme... —Se tapó la cara con las manos para esconder las lágrimas que le corrían libremente ya y que le impedían continuar. Bruno la tomó en sus brazos y la acunó en silencio, dejando que el

sentido de todo lo que ella le había dicho calara en su cerebro.

Se mantuvieron unidos, sin hablar, durante menos tiempo del que realmente necesitaban. Ellos querían seguir así por toda la eternidad. Muy a su pesar, se separaron, pero sus ojos se mantuvieron la mirada un rato más, antes de que el fotógrafo consiguiera encontrar la voz.

—Hemos sido unos locos los dos. Tú, por no querer madurar. —Levantó un dedo para frenar la réplica—. Sí, Dani, tu inmadurez y mi silencio es lo que nos ha tenido separados. Si tú hubieras aceptado la nuestra como una relación normal y yo te hubiera expresado mis sentimientos...

—No, era miedo a... —Se le escapó

un suspiro de lamento.

—Al compromiso. —En ese instante, un campanario lejano dio las horas, sumiéndoles a ellos en un nuevo silencio.

—No, Bruno —se le escuchó entre hipidos compungidos—. Era miedo a romper la unión que habíamos creado, a darte mi corazón y que lo rechazaras. Ahora me doy cuenta. Mientras sólo se trataba de sexo, sin implicaciones sentimentales, estaba segura. Mi corazón estaba seguro. Te tenía de la única manera que creía que podía hacerlo y lo disfrazaba de independencia, de modernidad... pero lo cierto es que, desde que te conozco, jamás he pensado

en ningún otro. Sólo de imaginar que otro hombre... —tuvo que parar para tomar el aire que le faltaba—, me sacude un escalofrío de rechazo. — Calló nuevamente. El llanto, a duras penas contenido mientras se confesaba, no la dejó seguir.

Se mantuvieron unidos mucho rato. Poco a poco, los sollozos de Dani fueron dando paso a una paz que los albergaba a los dos. La quietud sólo se interrumpía por algún que otro suspiro rebelde o por el fugaz murmullo de un coche solitario que pasaba por la calle. Sin darse cuenta, agotados por tantas emociones vividas en una sola noche, ambos se quedaron dormidos en brazos del otro en una nada confortable pero

deseada pose.

Bruno se despertó desorientado al escuchar de nuevo las campanadas indicando la hora. Habían estado durmiendo, unidos en un abrazo, sobre un incómodo sofá y, por primera vez en ellos, con la ropa puesta, durante tres horas. Era una novedad que lo incendió por dentro. Las cosas empezaban a cambiar entre ellos, pero no quería precipitarse y, aunque su cuerpo le pedía perderse entre el de Dani, decidió que debía darle tiempo al tiempo y comenzar la casa por los cimientos. La conquistaría como un antiguo caballero inglés de principios del siglo XIX. La rondaría, le haría la corte y cuando... ¿a

quién pretendía engañar? Se mantendría fiel a su decisión el tiempo justo que la mujer que quería permaneciera a tres pasos de él. De hecho, ya notaba el cosquilleo del deseo empujando en sus pantalones sólo por el hecho de tenerla dormida junto a sí, oliendo su aroma a jazmín y, sobre todo, sabiendo que ella le correspondía.

No pudo ni quiso evitarlo. Al fin y al cabo, era un hombre y llevaba seis meses sin poder disfrutar de la mujer que amaba. Se excitó como no recordaba haberlo hecho nunca. Con cuidado, tratando de que ella no se despertara, intentó recolocar su palpitante erección para mitigar la presión que ejercía dentro de sus

pantalones y que amenazaba con destrozarlos. Pero, a pesar de su exquisito tiento, Dani percibió el cambio de postura y entreabrió los ojos adormilada. Lo miró disimulando un bostezo que concluyó con una sonrisa somnolienta.

—Buenos ¿días? —Su sonrisa se agrandó, adquiriendo una pizca de travesura—. ¿Eso que noto es lo que creo?

Bruno no respondió. Su mirada entornada le reveló que realmente era lo que ella pensaba.

—¡Vaya! Me encanta despertar así. —El deseo empezó a aflorarle en los ojos—. ¿Sabes qué todavía no me has

besado como Dios manda?

—Habrá que remediar eso,  no crees?

—Ahora mismo, si no te importa.

Con una parsimonia que le eriz  los pelos, Bruno fue bajando la cara hasta depositar un beso ligero como el batir de alas de una mariposa en sus labios. Ella le lanzó una mirada de frustración que despertó una carcajada en Bruno.

—Esperaba algo más...

 l volvió a besarla; esta vez se entretuvo un poco más, pero todavía no era el beso que ella deseaba.

— Bruno! —se quejó. Con los labios alzados en una sonrisa y cara maliciosa, el fotógrafo la apartó con un leve movimiento y se puso en pie. Ella,

perpleja, lo miró de hito en hito—. ¿Eso es todo?

De repente, él la cogió por las muñecas y la alzó hasta pegarla a su cuerpo. Soltó una de sus manos y la llevó hasta las nalgas de la chica para adherirla todavía más a su más que despierta anatomía. Dani no pudo contener un suspiro de deseo y buscó su boca, desesperada. Pero no era ése el juego al que Bruno pretendía jugar, así que se separó sutilmente para evitar sus labios. Ella lo miró confundida con una mueca extraña arrugándole la frente. Entonces él sonrió, le cogió la cara con ambas manos y, tras mirarla con veneración, la besó como llevaba meses

deseando hacer. Dani cedió sin problemas a esa muestra de ardor, aportando al beso todo el incendio que la consumía por momentos. Cuando consiguieron separarse, el deseo les recorría a los dos, ardiente como un volcán en erupción.

—¡Cómo he añorado tu boca! — consiguió murmurar Dani entre suspiros —. Necesito tus manos hechizando mi cuerpo.

Bruno la miró con los ojos anegados de amor... y de malicia. Algo empezaba a bullir en su inagotable imaginación.

—¿Ah, sí?

—Bruno, que te conozco. ¿Qué estás pensando?

Él se metió las manos en los

bolsillos y le dedicó una mirada retadora.

—¿Bruno...?

Sin darle tiempo a continuar, se arrodilló frente a ella, se acercó a la presilla del pantalón de lino que llevaba Dani y, sin tocarla, le desabrochó el botón con los dientes para luego tomar el tirador de la cremallera con los incisivos y bajarlo muy despacio. Ella se moría de ansiedad. La estaba volviendo loca la manera que estaba utilizando Bruno para retarla. Sabía que el resultado de ese juego sería memorable, pero la espera era más de lo que podía aguantar. Bajó sus manos hacia la cabeza de Bruno, pero él, sin

dejar lo que estaba haciendo, negó con la cabeza. Frustrada, obedeció con un jadeo. Cuando hubo terminado con la cremallera, Bruno mordió la abertura resultante y deslizó la tela por las piernas femeninas, arremolinándola a sus pies. Regresó a su cintura y esta vez mordisqueó el elástico de su ropa interior y repitió la acción hasta que la prenda hizo compañía al pantalón. Subió nuevamente, pero ahora dejando un camino de suaves besos en sus deliciosas piernas, hasta quedar frente a la maravillosa piel que las unía. Allí, hundió la nariz e inhaló satisfecho, provocando un murmullo sofocado y anhelante en los dos.

—Bruno, me muero...

Bruno sonrió satisfecho. Rozando el vello con su nariz, movió la cabeza de lado a lado y empezó a hacerse un hueco entre sus muslos. Allí una humedad conocida lo esperaba. Se separó lo suficiente como para empujarla hasta el sofá con la mejilla. Ella quedó sentada en el borde del asiento e, instintivamente, separó las piernas. Entonces él ejerció su magia. Lanzó la lengua por entre los casi inexistentes rizos hasta alcanzar el hinchado clítoris que le estaba esperando. El primer roce le provocó a Dani un estremecimiento que la sacudió de pies a cabeza. ¡Cómo había deseado volver a sentir el encantamiento de su boca! Bruno

también jadeó de placer. Se estaba castigando más de lo que creía ser capaz de aguantar, pero necesitaba volverla loca, rendirla totalmente, demostrarle todo el amor que sentía por ella, a pesar de correr el riesgo de fallecer en el intento. Su erección parecía crecer por segundos y la tensión le estaba causando un dolor sordo en los testículos, pero no le importó. Necesitaba sentirla removerse derretida contra su boca y, luego, lucharía hasta conseguir que se agitara fundida bajo su cuerpo.

No necesitó la paciencia infinita que lo caracterizaba para conseguir que Dani le inundara los labios con el resultado de su orgasmo. Él estuvo a punto de terminar también al sentirla

temblar contra su boca. Sólo su fuerza de voluntad consiguió frenarlo. Cuando la miró, la cabeza de Dani descansaba en el respaldo del sofá. Mantenía los ojos cerrados, una expresión plena y el resuello revuelto. Le costó volver a tranquilizar su respiración. A Bruno también.

Cuando sus ojos se toparon, la seguridad de que no podían estar separados nunca más los golpeó a ambos por igual.

Luchando contra sus temblorosas piernas, Dani se deshizo de las prendas que barrían el suelo, alejando para ello a Bruno. Estremecida, se puso en pie y, desde su altura, lo miró. Él seguía aún

de rodillas y ella le ofreció su mano.

—Ven —le rogó. Bruno se levantó y la siguió.

Aún no se había desprendido de su ropa y ella conservaba el top que había lucido esa noche. Sabía a dónde lo llevaba y ¡por Dios qué necesitaba llegar allí con urgencia! Pero no pudo evitar admirarla embobado desde la distancia que le daba la largura de sus brazos. Era la cosa más bonita que había visto nunca... y por fin era suya.

Al pasar junto a una puerta abierta, Bruno vislumbró la mesa donde todavía descansaban los restos del desayuno que Dani no había tenido tiempo de recoger. Su fértil imaginación entró en juego. Con un ligero tirón, la acercó a su cuerpo y,

con ella pegada a su pecho, entró en la cocina. Dani le dedicó una mirada intrigada, pero se dejó hacer. La luz de las farolas se filtraba por las coquetas cortinas de florecitas que vestían la ventana, permitiéndoles intuirse entre las sombras.

—Bruno, ¿qué estás maquinando?

—Espera y verás. —Su voz sonó ronca a la vez que divertida.

—Me encanta cuando echas tu imaginación a vo... —Una exclamación de sorpresa no la dejó continuar. Bruno la aferraba con una mano mientras la otra se hacía cargo de su sexo, frotando los restos de su pasión por entre sus pliegues. —Suspiró de placer y volvió a

lanzar una exclamación cuando un poderoso dedo se introdujo en su interior.

—Me has hecho esperar demasiado tiempo para ser realmente mía. ¡Oh, cariño! Déjame jugar.

De pie como estaban, siguió con su ataque robando de los labios de Dani un gemido tras otro. Añadió un segundo dedo juguetón y presionó con precisión un punto concreto. Ella, que estaba tan falta de ese tipo de caricias, enseguida estuvo cerca de desmoronarse de nuevo. Cuando Bruno notó cómo se estremecía, deslizó despacio los dedos hasta sacarlos por completo y sonrió al ver su mirada de frustración.

—Todavía no, Dani. Todavía no. —

Quería llevarla al extremo, no darle cuartel. Quería que gritara, que exigiera aún más.

Con una lentitud asesina, se separó de la muchacha para deshacerse de las prendas que todavía no le había quitado. Cuando la tuvo completamente desnuda, no pudo evitar regalarse los ojos con su imagen. ¡Dios, era tan preciosa! Su aguante estaba llevándole a la locura. Sentía tal necesidad de ella que creía que iba a explotar de un momento a otro, pero hacía tanto que no disfrutaba de aquella mujer que no podía permitir que acabara aún.

Sobre la mesa, le pareció ver un bote de mermelada a medio consumir.

Mermelada de frambuesa, su preferida. Dos cosas que lo volvían loco: mermelada de frambuesa y Dani. Una combinación incendiaria que estaba dispuesto a probar en ese instante.

Daniela se sobresaltó al sentir el borde helado de la mesa acariciando sus nalgas. No se había dado cuenta de que la había dirigido hasta allí. Un escalofrío le erizó la piel y le endureció los pezones cuando él la tumbó sobre el tablero, apartando de un manotazo los trastos que lo ocupaban. Acercó una silla y la colocó entre sus piernas abiertas. Se sentó. Le cogió primero un pie y luego el otro y los apoyó en el respaldo, por encima de sus hombros, para que se sintiera más cómoda

mientras la disfrutaba a su antojo. Alargó la mano hasta alcanzar el bote de confitura.

—Bruno...

—Chist, déjame hacer.

—Bruno...

Notó cómo los dedos embadurnados de su amante... su amor... el hombre de su vida, viajaban por su cuerpo hasta llegar a los excitados pezones, cubriéndolos de la dulce golosina, para bajar de nuevo hasta el vértice de sus piernas. Y en ese momento, para deleite de Dani, la lengua de Bruno sustituyó sus manos. Todo el camino que antes habían recorrido aquéllas, ahora era su boca la que lo hacía. Se detuvo en un

pezón, lamiendo cada rastro de dulzor hasta arrancarle gemidos implorantes. Después, le dedicó la misma atención al otro antes de descender, por fin, por las curvas de su vientre hasta llegar a donde ella más lo necesitaba. Y allí, el festín.

—¡Ahhhhh! —suspiraba excitada a cada caricia. La lengua viva y juguetona no paraba de enloquecerla—. Bruno, te necesito... ya.

—Chist, soy todo tuyo. —Su aguante estaba al límite. Se cogió el pene con una mano y apretó la punta con fuerza para calmar su exigencia. Fue inútil. Lo que le reclamaba era el calor de Dani envolviéndole por entero.

Arrebatado, se puso en pie tirando la silla con su ímpetu. Las piernas de Dani

quedaron colgando del filo de la mesa. Él las cogió por los tobillos y las posó sobre sus hombros. Estaba desesperado, ya no podía demorarlo más.

Un grito de alivio brotó ronco de su garganta cuando, de un solo golpe, la penetró. Por fin estaba dentro de ella. Por fin volvía a donde deseaba estar. Dani, con la respiración alocada, le regalaba una sinfonía de gemidos que lo excitaban tanto como el calor de su cuerpo.

—No pares, Bruno, no...

—No podría. Ya no...

La danza que había empezado lenta y acompasada se convirtió con rapidez en un vaivén enloquecido, con el chocar de

sus cuerpos y el gemido de sus labios como música de fondo. La respiración acelerada, el burbujeo del placer en sus entrañas, el tiempo angustioso de espera por estar unidos... Se dejaron ir con un rugido de dicha en un orgasmo como nunca antes habían sentido. Extasiado, Bruno se dejó caer sobre ella.

No permanecieron así mucho rato. La mesa no era el mejor sitio para seguir disfrutando. Apenas su respiración le dio tregua, Bruno se levantó y, sin ganas, salió de ella.

—No, Bruno, no te vayas...

—No voy a ningún sitio; no sin ti.

La cogió en sus brazos, apretándola con fuerza contra su cuerpo. Dani se aferró a su cuello satisfecha. Ése era su

hogar. Unidos llegaron a la habitación para volver a amarse una y otra y otra vez más.

Epílogo

—Dani, ¿quieres hacer el favor de acabar de una vez? —preguntó Bruno desesperado a la puerta del baño cerrada a cal y canto.

—¡Ya voy, pesado! —La voz de Dani, amortiguada por la madera, sonó fastidiada.

—Mi vida —dijo más agitado todavía—, el avión llega en cuarenta minutos y todavía estamos aquí.

—¡Que sí, que ya voy!

—En la radio dicen que hay un

atasco bestial —insistió mientras daba unos golpecitos que pasaban de suaves a intensos al compás de sus nervios, en el marco que lo separaba de su mujer.

—Un segundo y salgo.

—¡Eso dijiste hace media hora!

—¡Exagerado! —exclamó ella al tiempo que abría la puerta de golpe—. ¿Ves? Ya estoy lista.

—¿Lista? ¡Pero si todavía vas en ropa interior!

—Eso lo arreglo yo en un momento. —Se dirigió al dormitorio que compartían y sacó un vestido suelto de color burdeos que se pasó por la cabeza con tanta gracia que en un segundo lo tuvo puesto—. ¿Contento?

—Cariño, lo cierto es que te

prefería antes, ya lo sabes, pero te recuerdo que mi hermano y tu mejor amiga vuelven de su luna de miel y que hemos quedado en recogerlos.

—Sí, ya sé —repuso con voz cansina—. Anda, vamos, que se nos hace tarde. —Cogió el bolso que colgaba de la manilla de la puerta de su habitación, pasó por delante de Bruno y se dirigió a la entrada—. ¡Cariño, date prisa, que llegamos tarde!

Él la miró perplejo. A veces era exasperante... pero le daba igual. Amaba a esa mujer, loca y responsable a la vez, testaruda y flexible, malhumorada y divertida, seductora, hechicera, atractiva, inteligente... pero,

sobre todo, enamorada de él.

Nota

[1] Ser masculino de naturaleza dual, material y espiritual, que habita en la isla de Irlanda.

Biografía



Luz Guillén, barcelonesa apasionada por la literatura desde muy joven, ha ido

incrementando esa pasión con el paso de los años. Sintió la llamada de la escritura a muy temprana edad, pero ha empezado a compartirla desde hace poco tiempo.

Casada desde 1985, ha inculcado en sus hijos el mismo amor por los libros que siente ella.

Administrativa del ambulatorio de un pueblo de la periferia de Barcelona, donde vive, desarrolla su labor con buen humor, intentando facilitar la vida a todos los que la rodean.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<https://www.facebook.com/MaryOdds/?fref=ts>

¿En tu casa o en la mía?

Luz Guillén

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91

702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Luz Guillén, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15653-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S.
L.

www.victorigual.com